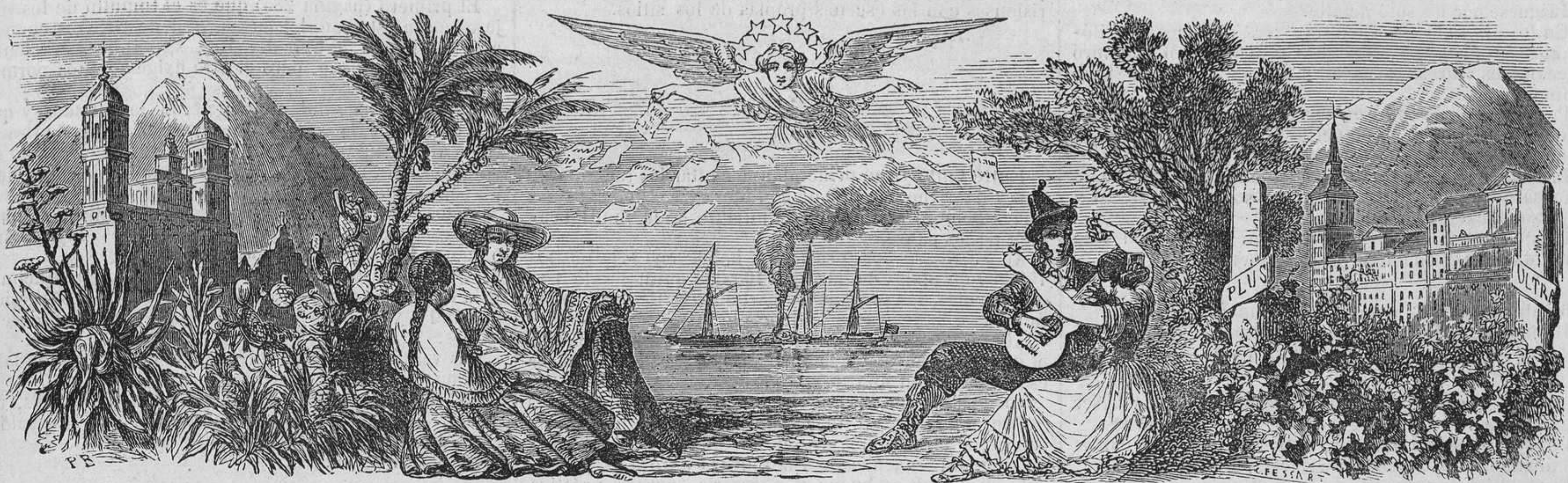


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 928.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

El sitio de Paris; grabados. — **Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo.** — **Revista de Paris.** — **Poesía.** — **De Villahermosa á la China.** — **Accion de Villejuif;** grabado. — **Un bastion;** grabado. — **Al pueblo inglés.** — **Desertores conducidos á la plaza despues de la accion de Châtillon;** grabado. — **El público en el cerro de Montmartre;** grabado. — **La afluencia de viajeros en la estacion del ferrocarril de Orleans;** grabado. — **La gente en las carnicerías;** grabado. — **Escenas de la vida inglesa.** — **El doctor Chenu;** grabado. — **Soldado del 88 de línea curado por una mujer en la granja de Villemonty;** grabado.

El sitio de Paris.

La guardia nacional en las fortificaciones. — Incendios de aldeas y de puentes. — El público en Montmartre. — Escenas del sitio de Paris: los compradores de carne. — La accion de Villejuif. — Episodios retrospectivos: los viajeros en la estacion de Orleans: un convoy de desertores.

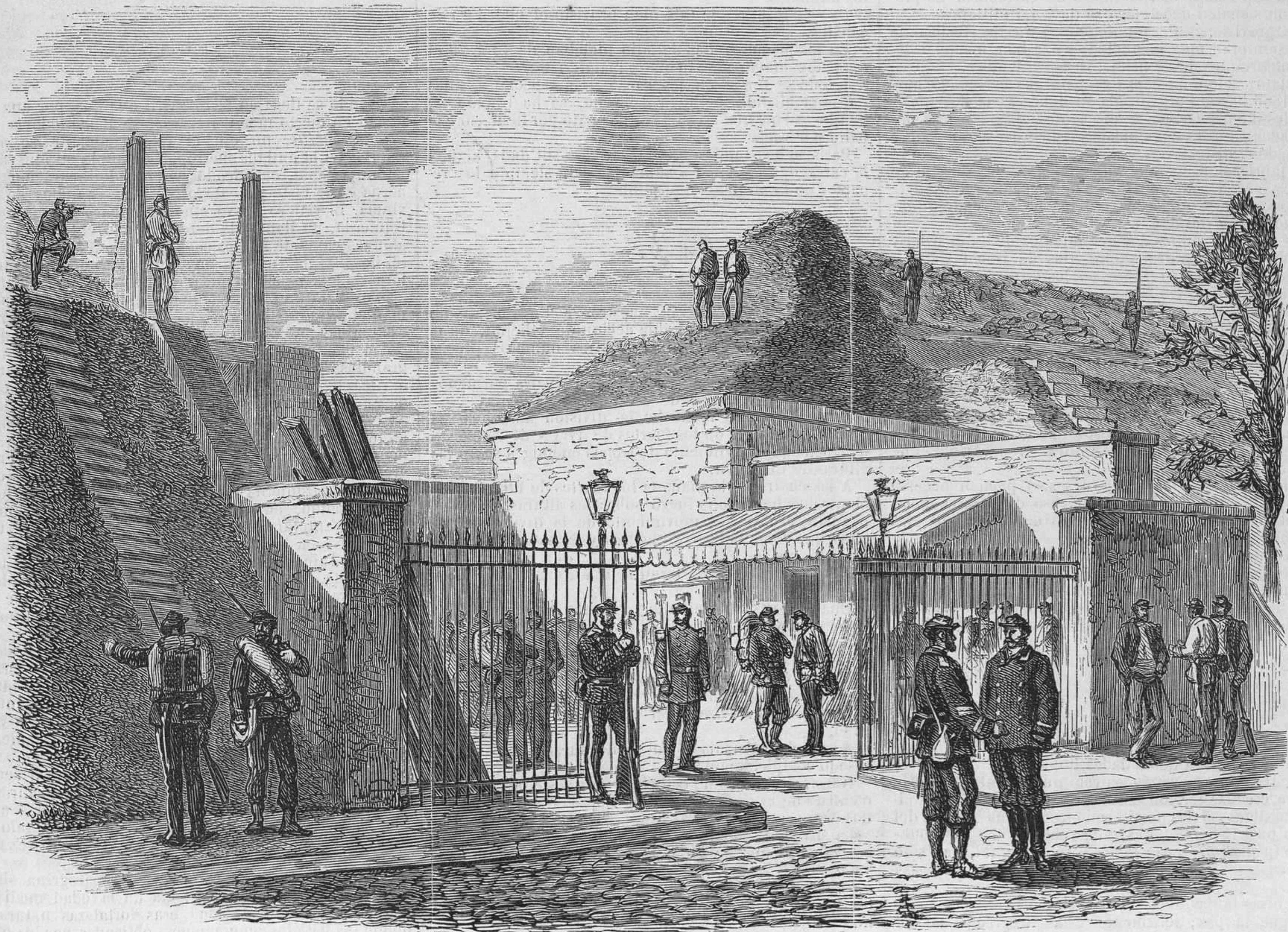
Damos en este número diferentes dibujos que harán comprender al lector mejor que todas las descripciones

el servicio que la guardia nacional está prestando á la patria.

En la primera página vemos á la guardia cívica custodiando una de las puertas del recinto fortificado; en la página 276 tenemos un bivac que ofrece una escena nocturna, digna de un pintor colorista, y mas adelante (página 281) damos el aspecto de un bastion erizado de cañones y guardado igualmente por la fuerza ciudadana.

La confianza en la resistencia es absoluta.

Es seguro que en la cuestion de armamento Paris se lleva la superioridad sobre el enemigo.



LA DEFENSA DE PARIS. — Cuerpo de guardia nacional en una de las puertas del recinto fortificado.

Teníamos intención de señalar aquí todos los instrumentos de guerra que se han puesto en juego para la defensa de la capital; pero nos abstenemos de hacerlo por dos razones, la primera porque esta enumeración exigiría un puesto considerable y después porque el gobierno de la defensa nacional ha prohibido con justa razón toda noticia que pueda enterar á los sitiadores de las sorpresas que París les prepara.

Júzguese por un solo detalle.

En los arsenales se encierran tres millones de kilogramos de pólvora, y en el sitio de Sebastopol que duró once meses, no se gastaron mas que 4.300,000 kilogramos.

Pero si nada decimos de nuestra cosecha propia cumpliendo las órdenes del gobierno, en cambio reproduciremos aquí lo que el mismo gobierno publica.

El ministro de la Guerra ha leído al gobierno de la defensa nacional la nota siguiente sobre el material y el personal existentes en provincia:

Existen actualmente disponibles en las provincias no invadidas por el enemigo, próximamente:

6 baterías de á 12 rayadas, de campaña;
40 baterías de á 8 rayadas, de campaña;
20 baterías de á 4 rayadas, de campaña;

constituídas, cargadas para la guerra y prontas á ser enganchadas.

Dos parques de campaña, cada uno de 480 carros próximamente, cargados para guerra.

El material de campaña no falta. Existen cañones de á 4 rayados, sobre las cureñas en número considerable; los cajones guarnecidos y vacíos, los proyectiles huecos, etc., no faltan. Está, pues, probado y fuera de dudas que la delegación del ministerio de la Guerra en Tours se ha preocupado de constituir nuevas baterías con estos recursos.

En lo que concierne á las armas portátiles, existían antes de la ruptura de comunicaciones:

300,000 fusiles 1866, próximamente, en los cuerpos de tropa ó en las direcciones constituídas en las provincias no invadidas.

500,000 fusiles de percusion rayados, próximamente, de los que una parte está entre las manos de los guardias nacionales sedentarios, y la otra, mas considerable, está en poder de los guardias nacionales móviles.

En cuanto á los fusiles á *tabatiere*, están en París y en los departamentos invadidos.

Las provisiones de cartuchos modelos 1866, no comprendidos los que estaban en poder de los cuerpos de tropa y los que entran en la composición de los parques de campaña, no excedían de 40 millones. Pero desde el 15 de setiembre los diversos establecimientos han producido cantidades considerables de cartuchos. La producción semanal debe elevarse de 4 á 5 millones.

Las provisiones de municiones para los fusiles de percusion eran muy insuficientes; se han hecho pedidos importantes desde primeros de setiembre.

La fabricacion de cápsulas para los cartuchos modelo 1866 ha sido organizada en Bourges; la de papeles para los dichos cartuchos en Nantes. Las fábricas organizadas en estas dos ciudades deben dar desde ahora resultados satisfactorios.

La fabricacion de ametralladoras se ha organizado en Nantes, por el cuidado del jefe de escuadron de Reffye. Pero es dudoso que estos talleres hayan podido dar productos hasta el día.

Los depósitos de los dos regimientos de la guardia y de cada uno de los dos regimientos de Douai y de La Fere se han mandado á Bourges los primeros, y á Rennes los segundos. No faltan, pues, en proporcion mas que los depósitos de los siete regimientos que estaban de guarnicion en Vincennes, Metz y Estrasburgo. En suma, existen en los departamentos no invadidos los depósitos de quince regimientos de artillería, que pueden reunir un número considerable de hombres y de caballos.

Los cuadros hacen falta, sin embargo; pero la aplicación en provincia de las disposiciones del decreto del 30 de setiembre último permitirá proporcionar oficiales.

Se han hecho pedidos de arneses, y pueden hacerse aun en provincias. Además, en caso de insuficiencia, se podrá hacer uso de los objetos de arneses de circunstancia.

El servicio de la artillería ha delegado en Tours dos oficiales superiores de artillería, jefes de la oficina del personal y del material en el ministerio de la Guerra. Estos oficiales son muy capaces, con el concurso de la autoridad superior, de organizar los recursos indicados.

*
**

La defensa tiene necesidades imperiosas.

Nuestros lectores verán en este número algunos cuadros de escenas terribles, como el incendio de las aldeas contiguas á las fortificaciones (página 276) el del bonito puente de Asnières, y la voladura del de Courbevoie (página 277), sacrificios que, repetimos, han sido indispensables para organizar debidamente la resistencia.

Son otras tantas obras que será preciso rehacer cuando llegue la paz; felizmente estas desgracias de la

guerra se cuentan en el número de las que tienen fácil remedio.

El público no pierde su afición á verlo y examinarlo todo. Lo mismo se le encuentra en los bastiones, que en las fortificadas orillas del rio y en las alturas no menos fortificadas, como la de Montmartre (página 284) donde se han hecho trabajos que deben imponer un poco al enemigo. Esta curiosidad familiariza á los parisienses con las escenas propias de los sitios.

*
**

Entre tanto ya se principian á contar las raciones de pan y de carne que hay disponibles, y se ingenian las imaginaciones para operar el milagro de la multiplicación de los panes.

Al acercarse los prusianos habia en los pósitos 400,000 quintales de harina y 400,000 quintales de trigo; además, las provisiones particulares llegarán seguramente á la cuarta parte de esa cifra.

Ahora bien, la Academia de Ciencias por una parte y el comité de subsistencias por otra, querrian aumentar esos recursos en una quinta parte.

Los medios que se proponen son numerosos.

Uno: proponen un nuevo sistema de molienda, otros suprimen la molienda y quieren que se coma el trigo simplemente machacado á la antigua usanza.

La discusion es buena y necesaria; pero la práctica es mejor todavía, y nuestra conclusion es que deben tomarse medidas para que los recursos duren lo mas posible.

El pan sigue tan abundante como de costumbre, pero la carne aunque todavia no falta, se vende ya con tasa: ¡tantos bueyes y tantos carneros al día! es decir, de 450 á 500 bueyes y unos 4,000 carneros. Para poder tener carne las mujeres se levantan á las tres de la madrugada y se pasan hasta las siete ó las ocho de plantón á las puertas de las carnicerías.

Esa curiosa escena representa nuestro dibujo de la página 285.

Y no toda esa gente que pasa en pié tantas horas logra lo que desea; muchos de esos cestos se vuelven vacíos.

Así es, que París privado de buey y de carnero, se ha decidido valerosamente por la carne de caballo.

Los caballos están de balde; como que sale mejor cuenta abandonarlos que alimentarlos. El forraje ha tomado un precio excesivo. En el mercado de caballos se venden tiros magníficos por cuatro pesos; y hay traficante que no pudiendo hallar comprador abandona á los animales.

De esto resulta que está bien provisto el matadero de caballos.

En los primeros dias de sitio mataban de 40 á 20 al día; hoy matan 275; mañana matarán 300.

Y todo se vende en las carnicerías especiales, pues por una medida de buen gobierno, se ha tratado de que los carniceros no puedan dar gato por liebre, ó caballo por vaca.

París se acostumbra á todo y ahora sin duda alguna la carne de caballo va á aumentar para siempre los recursos de la alimentación pública.

*
**

En la página 280 verán nuestros lectores un dibujo que representa la memorable accion de Villejuif, de la que hemos hablado ya en nuestros números precedentes.

Recordaremos brevemente sus principales pormenores, segun los términos de los despachos oficiales:

A las nueve de la noche la division Maudhuy ha marchado delante de los fuertes de Ivry y de Vanves y han señalado movimiento de tropas enemigas sobre las alturas de Chatillon.

A las cuatro de la mañana los fuertes de Bicetre y de Montrouge han hecho fuego sobre las alturas de Villejuif para proteger el movimiento de la division Maudhuy que debia ocupar el pueblo y la bateria de Hauts-Bruyeres.

Esta operacion se ha terminado á las seis de la mañana.

Una fusilería intermitente y algunos cañonazos continuaban oyéndose en las avanzadas.

A las siete el enemigo ha hecho un reconocimiento á 780 metros del molino Saquet; pero el fuego de esta posicion y algunos tiros de obus lanzados desde el fuerte de Ivry le han hecho replegar á toda prisa hácia la Platriere que parece ser un punto importante para él.

A las ocho y media el fuego de nuestros fuertes ha cesado completamente.

Nuestras baterías de campaña han sostenido un vivo combate de artillería en que las ventajas han sido para nosotros.

La division Maudhuy se estableció definitivamente en las posiciones de Villejuif, estando fuertemente apoyado.

Las pérdidas del enemigo debieron ser considerables; las de los franceses son de dos muertos y unos veinte heridos.

*
**

Nos falta hablar de dos dibujos que representan dos episodios retrospectivos.

El primero (página 285) que es el tumulto de los viajeros en la estacion del ferro-carril de Orleans cuando aun era tiempo de huir del sitio, se explica suficientemente por sí mismo, pero el otro exige algunos pormenores.

En la primera salida que hicieron los sitiados y que dió margen á la accion de Chatillon, hubo entre la tropa algunos desertores que abandonaron el campo de batalla y entraron en París esparciendo en la poblacion un pánico indecible.

Todos ellos fueron apresados y pocos dias despues los pasearon por las calles, imponiéndoles el justo suplicio de la exposicion pública.

¡Qué espectáculo! En la página 284 reproducimos esta escena que produjo en la capital una impresion profunda y nos evitará la afrenta de tales deserciones.

Los veinte y dos desertores tenian una traza que daba lástima verlos.

Los llevaban con la chaqueta y el kepi vueltos, un lebrero en el pecho y las manos atadas á la espalda, entre dos hileras de soldados de línea.

El lebrero decia:

Miserables cobardes que han huido delante del enemigo.

Un piquete de gendarmería á caballo abria y cerraba la marcha de tan lúgubre cortejo; ¡eran reos de muerte!

La multitud los acompañaba gritando: ¡Mueran los desertores! ¡Mueran la Prusia!

Pero este es un incidente sin importancia que no abre absolutamente ninguna brecha á las formidables líneas de la defensa parisiense.

R. S.

Las generaciones artísticas

EN LA CIUDAD DE TOLEDO.

I.

Cuando se llega en ferro-carril á la que, por una tradicion en cierto modo irrisoria, se llama todavia *ciudad imperial*, no cree el viajero encontrarse á las puertas de la antigua metrópoli española ni aun á las de un pueblo, clasificado por la administracion moderna en la fastuosa categoría de las capitales de provincia. El viajero no ve sino un escarpado risco á la izquierda, un llano á la derecha y enfrente, á lo lejos, algunas casas de mal aspecto y la cúpula de un edificio (el hospital de Tavera), cuyo exterior no demuestra la importancia y belleza que interiormente tiene. Es preciso avanzar un poco en aquello que los toledanos llaman el *paseo de la Rosa*, pasar mas allá de la corróida estatua del rey Wamba, doblar á la izquierda, siguiendo el camino, y allí ya se presenta repentinamente la grandiosa perspectiva del puente de Alcántara: arriba el Alcázar, puesto como un nido de águilas en lo alto de una montaña inaccesible; á la derecha y mas lejos, en la pendiente que baja á Vega, el arrabal de Santiago, donde las torres de la puerta nueva de Visagra forman, con el ábside de la vieja parroquia y los ennegrecidos cubos de la muralla, el mas pintoresco conjunto: á la izquierda se ven las ruinas del castillo de San Servando, enfrente una confusa aglomeracion de edificios antiquísimos y modernos, construidos unos sobre otros en la pendiente del risco; y abajo el rio, el padre Tajo, profundo, oscuro, revuelto, precipitado, espumante, atravesando todo entero y con gran velocidad el gran arco de aquella prodigiosa fábrica, que á la solidez probada en tantos siglos, reúne una extraordinaria belleza.

Al entrar por este sitio en la ciudad, olvida el viajero que ha venido en el vehículo de los tiempos modernos. El aspecto de aquel pueblo es el de los pueblos muertos, muertos para no renacer jamás, sin mas interés que el de los recuerdos, sin esperanza de nueva vida, sin elementos que puedan, desarrollados nuevamente, darle un puesto entre los pueblos de hoy.

De aquellos ilustres escorbos, destinados á ser vivienda de lagartos y arqueólogos, no puede salir una ciudad moderna, como sucede á sus compañeras en la historia, Salamanca y Sevilla. No tiene sino el valor de las ruinas, grande para algunos, escaso ó tal vez despreciable para la generalidad.

A esto contribuye en gran parte su peregrina situacion. La construyó la estrategia de la edad media; y el hombre de hoy no ama esas fortalezas naturales, donde las pasadas generaciones, obligadas por los ódios

y las discordias de aquellos tiempos, se encastillaron.

En la época del derecho y la fraternidad, el hombre prefiere las grandes planicies para vivir y moverse, y solo llevado de un grande amor á lo antiguo puede resolverse á trepar por esos vericuetos, á escalar esas murallas, llenas de recuerdos, habitadas por ilustres sombras, es cierto; pero ásperas y fatigosas. Las molestias y el cansancio convierten en prosa pura los marcos ejemplares de la arqueología.

Al subir al Zocodover por el camino que la municipalidad ha abierto con un supremo esfuerzo para unir á Toledo con el resto del mundo, se puede observar la desmesurada altura que ocupa la ciudad sobre el nivel del Tajo. No considerando las necesidades que el arte de la guerra tenia entonces, no se comprende por qué se columpiaron en aquella altura la mayor parte de los monarcas de España desde Alfonso VI hasta Carlos V.

Ni se comprende que tan desapacible sitio fuera en un tiempo residencia de las mas fastuosas familias de nuestra aristocracia, emporio de las letras y teatro donde brillaron todos los esplendores del renacimiento.

En la plaza la impresion es mas desagradable. Las casas no tienen la suntuosidad moderna, ni la fealdad interesante de lo antiguo. Los mezquinos soportales que existen allí, como en todas las ciudades de Castilla, para solaz de los tacheleros, chalanes y carniceros, le dan una triste uniformidad; y el conjunto seria completamente insignificante, si por encima de las fermentadas casas no apareciera la imponente fachada del Alcázar, ennegrecida por los años. Es preciso subir otra cuesta para poder contemplar toda entera aquella gran masa de piedra, colocada mas alta que la ciudad, para dominarlo todo y verlo todo.

Los techos de las casas están mas bajos que sus cimientos, enclavados en las entrañas de la roca: de su explanada se descubre un paisaje inmenso, limitado por el mas amplio horizonte; y tal es la disposicion de aquel trono, que el que sube á sus galerías y se asoma á sus balcones, cree tener á toda España postrada á sus pies. Nada es mas hermoso que la perspectiva del Alcázar, cuando, bañadas por el sol de la tarde sus oscuras piedras, se ven perfilados con un ligero reflejo los bellos adornos de su última fila de ventanas, los heraldos que decoran la puerta, y el águila tudesa que abre sus enormes alas de piedra en el roseton del centro.

Desde aquí se ve: al Norte la Vega con los barrios de Antequera y Covachuelas, al Este el Castillo de San Servando y la agreste y salvaje colina en que está situado. Toda esta parte oriental tiene un aspecto tal, que infunde sorpresa y pavor. Corre á una gran profundidad el rio haciendo un ruido espantoso, sin cañaverales ni malezas, entre peñascos, cuya concavidad produce siniestros ecos, batiendo trozos de muralla, vestigios de antiguos puentes interrumpidos por aceñas y diques, atronador, rabioso, teñido por la tierra que arrastra en su curso, en lo cual algunos viajeros sentimentales suelen ver un emblemático color de sangre. El paisaje que le rodea es de lo mas sombrío que se ha ofrecido á las miradas humanas.

Es un desierto; pero no el desierto de las grandes llanuras que engaña la vista y adormece el espíritu por su tranquila monotonía: es ese desierto de los anacoretas, lugar escogido por el ascetismo entre los mas horribles de la tierra, páramo de asperezas y peñascos, continuamente ensordecido por vientos espantosos propio para aquelarres y otras asambleas del mismo jaez, lugar de mágias y conjuros, de pesadillas místicas y enajenaciones teológicas, escena donde la imaginacion se complace en colocar á los misántropos de la religion el *mágico prodigioso, y el condenado por desconchado*.

Al Oeste está la ciudad, donde no se ve otra cosa que una aglomeracion incomprensible de casas con tejados de distinta altura: en medio de ellas aparece la torre de la Catedral, que como todas las construcciones altas y esbeltas produce en el espectador una rara ilusion. Parece que no se mantiene muy firme, y que á impulso de los recios vientos carpetanos se mece suavemente como una palmera.

Enfrente está la pretenciosa cúpula de San Juan Bautista, y en diversos puntos de la ciudad se ven algunas torres muzárabes, miradores de ladrillo, campanarios y enormes paredones sin elegancia ni grandeza, que son el exterior de los vulgares conventos del siglo XVII.

Por los tejados se comprende el dédalo inextricable de las calles *amoriscadas*, no comparables ni á las de Córdoba. Es fácil distinguir las siete colinas sobre que se extiende la ciudad, y determinar los distintos barrios, indicados por otros tantos monumentos característicos.

Si fuera posible elevarse á mayor altura que la del Alcázar, se abarcaría de un golpe de vista el panorama monumental, y seria fácil melodizar la relacion que vamos á hacer. Suponiéndonos con el lector en esa altura imaginaria, veriamos en el centro, situada de Oriente á Occidente la Catedral, y al costado meridional de ella los barrios de Albardanaque y San Lucas: frente á ella y en el punto mas alto de la ciudad el barrio de San Roman, bien indicado por su pintoresca torre.

Mas allá y enfrente tambien de la iglesia mayor, está la judería, fácil de conocer por su miserable aspecto y por la crestería de San Juan de los Reyes, que está á los bordes de la ciudad por Occidente, al costado Norte

el arrabal de Santiago, junto á la muralla, y mas al centro el de Santa Justa. Detrás del ábside del templo el barrio de San Miguel el alto, determinado por otra torre muzárabe, y junto á este el de *Espinar del Can*, donde está el Alcázar.

Pero de una simple contemplacion panorámica de la ciudad no saca el viajero sino una gran confusion de ideas. Ve una multitud de edificios de todos estilos, góticos, árabes y del Renacimiento, de todas clases, religiosos, señoriales y militares; y no acierta á clasificarlos con algun método.

Toledo es una historia de España completa, la historia de la España visigoda, de los cuatro siglos de dominacion sarracena en el centro de la Península, del viejo reino de Castilla y Leon, de la monarquía mas vasta fundada por los Reyes Católicos, y por último de ese gran siglo XVI, que es siglo español.

Todo lo que es España, ha vivido en Toledo. Ha sido testigo de las mas grandes empresas de la Reconquista; y antes vió desarrollarse y corromperse el imperio de los visigodos. Presenció los mejores tiempos de la dominacion sarracena, recibiendo el depósito de cultura que los árabes y los judíos dejaron en la Península.

En ella residieron casi todos los reyes castellanos, y tuvo al pueblo y á la nobleza reunida en Cortes, como antes tuvo al clero y los reyes legislando juntos en sus inmortales concilios. Al mismo tiempo la legislatura ha buscado en sus tradiciones caballerescas y religiosas, en los recuerdos de sus santos y de sus héroes, los elementos de sus mejores creaciones.

Al entrar allí vienen á la memoria la virgen Leocadia y tambien Casilda, inmortalizada en la mas agradable conseja, lo mismo que aquellos dos excéntricos de la edad media de que aun se cuentan tantas cosas, Don Alfonso el Sabio y el marqués de Villena.

A la memoria de estas figuras se une la de sus ilustres arzobispos, entre los cuales figura don Rodrigo Jimenez de Rada, compañero y amigo de San Fernando, el ilustre don Gil de Albornoz, el cardenal Mendoza, Tavera, cuya caridad ha quedado consignada en un grandioso monumento, Silicé, y por último el gran Cisneros, de imperecedero recuerdo.

No podemos olvidar que en aquel Zocodover, encrucijada molesta y sucia, se han hablado en mejores dias todas las leguas de Europa; y que en aquella destartada judería, hoy reducida á escombros, donde la miseria ha hecho su habitacion, se reunieron todas las manufacturas de Oriente y Occidente en los tiempos mas florecientes de las artes españolas.

Al mismo tiempo es imposible separar de la impresion que produce la vista de la *ciudad imperial* la memoria de los héroes picarescos producidos por las primeras tentativas de la novela española, tan original entonces; ni se olvidan aquellos tipos tan magistralmente dibujados por Tirso de Molina, que copió en sus calles las figuras de los médicos pedantes, de los doctores enfáticos, de los lacayos intrusos y rufianescos, de las mujeres casquivanas y de los galanes tan petulantes como discretos. Pero entre todas las evocaciones novelescas, digámoslo así, que el entrar en aquella ciudad muerta produce, hay una que las oscurece á todas y las domina.

Esto es una impresion individual tal vez inmotivada; pero no puedo prescindir de ella, y estoy seguro de que á muchos les han venido á la imaginacion iguales pensamientos. La imágen que creo encontrar en Toledo al volver de cada esquina y al recorrer las estrechas medrosas calles de sus barrios mas solitarios es el de la Madre Celestina, incomparable bruja y embaucadora *in utroque*, tan docta en la criminal alquimia de los embustes licenciosos, como conocedora de la sociedad de su tiempo y de las pasiones de todas las edades.

No hallamos en la *Celestina* ningun dato fijo para suponer que su accion pasa en Toledo: por el contrario, la circunstancia de que desde los miradores de Melibea se gozaba de la *vista de los navios*, indica que la escena pasa en algun puerto de mar ó ciudad atravesada por un caudaloso rio.

Pero esto no importa. Aunque los autores de aquella curiosa obra no señalaron materialmente el sitio de la accion, se conoce bien que el teatro anónimo de tan singulares aventuras es Toledo, centro entonces de la sociedad española. Por lo demás, ¿no están aquellas calles marcadas aun con el rastro de aquella repugnante bruja? ¿los barrios de Albardanaque y San Lucas no conservan aun los infames garitos de Elicia y Areusa?

Y bien claro muestran las casas toledanas con sus altas tapias, su escasez de ventanas, sus recatadas celosías, su severo aspecto, que Melibea vivía en alguna de ellas, verdaderas cárceles de honestidad que destruyeron los padres del siglo XV como fortalezas del honor doméstico.

Y si abandonando las soledades del pueblo os internais en la parte mas bulliciosa, recordareis su antigua Aleana, centro del comercio de joyas y sederías, donde Cervantes coloca la ingeniosa invencion de la compra del manuscrito arábigo, que adquirió por medio real, el cual manuscrito le tradujo despues un morisco *aljamiado*, mediante el pago de dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

En resumen, todo lo que aquí ha habido de caballeresco en las costumbres, de noble y ejemplar en la vida, de osado en las empresas, de original y picante en la literatura, de delicado en las artes, ha tenido por teatro esta ciudad, clavada en una peña, combatida siempre por recios y helados vientos, en situacion inaccesible, áspera, sombría, oscura, silenciosa, menos cuando tocan simultáneamente á misa las campanas de

sus cien iglesias; incómoda, inhospitalaria, triste, llena de conventos y palacios que se caen piedra á piedra, ennoblecida por su inmensa catedral metropolitana; ciudad del recogimiento y la melancolía, cuyo aspecto abate y suspende el ánimo á la vez, como todas las ilustres tumbas, que no por ser suntuosas y magníficas dejan de encerrar un cadáver.

Por eso hemos dicho que era el mejor de los libros. Pero leer en este libro es muy difícil. Se han clasificado los monumentos por categorías artísticas, segun su mérito artístico ó histórico.

Mas lo que conviene es establecer una division, adoptando un sistema que llamaremos, si se nos permite, *de capas arquitectónicas*, para exponer las justas posiciones de las distintas épocas que se han sobrepuesto ó se han reemplazado unas á otras. Para esto es preciso hacer inducciones dificultosas, restableciendo lo que no existe, con gran peligro de que la imaginacion se entregue á sus naturales extravíos.

Pero no importa: lejos de evitarlo, empleáremos alternativamente la historia y la leyenda, imposibles de separar tratándose de cosas viejas. Las antigüedades no pueden hacerse agradables á los ojos de la multitud, si se las estudia con un criterio frio y exactamente razonado.

Dejad junto á la inscripcion erudita de esas honrosas piedras las que la imaginacion lee en ellas, y trasmite y perpetúa el pueblo sin usar ninguna clase de caracteres. Así es que no vacilamos en aprovechar para esta ligera reseña de las antigüedades toledanas tanto las verdades referidas por la historia, como las hermosas mentiras que cuenta la gente de aquel pueblo señalando sus interesantes escombros.

II.

Nadie toma ya en serio las declamaciones de ciertos escritores antiguos que al escribir la historia del pueblo en que habian nacido, hacian remontar su origen, para hacerlo mas ilustre, á la mas remota antigüedad. Generalmente buscaban un abuelo, en la mitología ó en los héroes del antiguo Oriente, prefiriendo siempre á Hércules ó á Nabucodonosor. Cronistas hay que atribuyen la fundacion de Madrid á Nemood; y por lo que respecta á Toledo, sus historiadores le dan por padre al rey Tartus, algunos optan por Pirro, y otros atribuyen su fundacion á la *venida de los griegos por la via de Inglaterra*.

Dejando á un lado toda esta pedantería propia del siglo XVII, el siglo de las hipérbolos y de las cultas tonterías, no pasaremos en nuestra rápida reseña mas allá de la dominacion romana, la mas antigua de que quedan vestigios.

Poniéndose frente al hospital de Tavera, se ve á la izquierda una fila de escombros dispuestos en su largo circuito de figura oval.

No hay restos de gradería ni de ninguna construccion sillar; porque sin duda, despues de la destruccion de este edificio en tiempo de la dominacion musulmana, se utilizó la piedra para otras construcciones. No resta sino una fuerte argamasa informe, aunque por su disposicion general se conoce bien que aquello era un circo, el Circo Máximo de que hablan todos los cronistas de la ciudad.

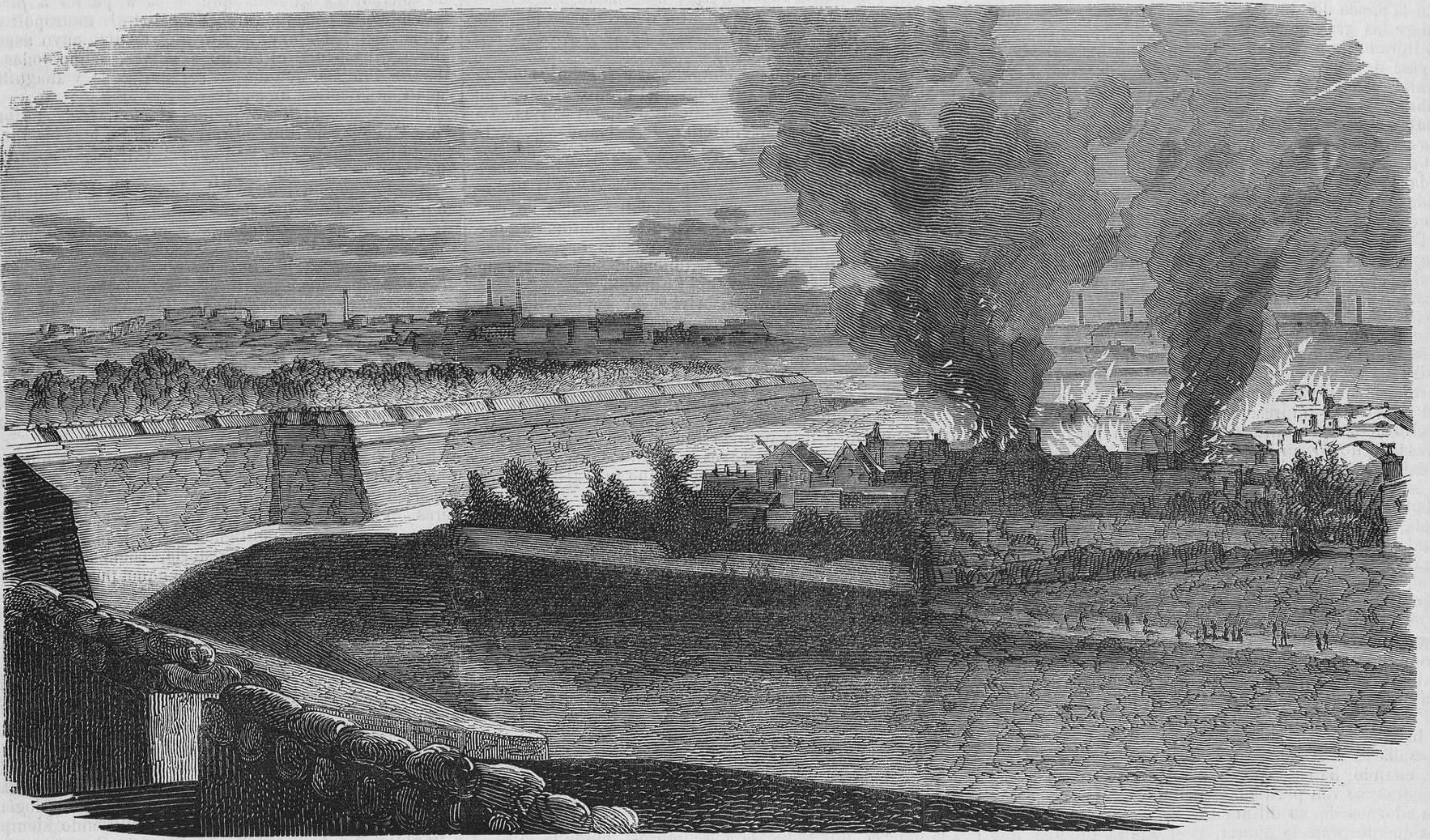
No lejos de esto se hallan otras ruinas, que es lo que ciertos escritores petulantes (1) llaman la *Navmachia*, lugar destinado á simulacros navales y otros divertimientos proporcionados por las aguas del Tajo, que *entraban allí y se desaguaban con igual presteza*, para que navegaran barcos y navios. Junto á la *Navmachia* indican otros escombros el templo de Hércules; y en el inmediato barrio de las Covachuelas, á la derecha del Hospital, se conservan trozos de muralla, que se suponen de un teatro. En estos muros se albergan hoy muchas familias de pobres, que improvisando techos y tabiques en aquellos escondrijos, han convertido en guaridas mezquinas los restos de la suntuosidad romana.

Lo que hay en la Vega indica que allá abajo tenian sus fiestas y esparcimientos; pero habitaban arriba, y el circuito de sus murallas era el comprendido en las siguientes líneas: del Alcázar al Zocodover, de aquí á Santa Fe, de Santa Fe á la puerta de Perpiñan situada bajo la plaza, de esta puerta á San Nicolás, San Vicente, Santo Domingo de Silos, Santo Tomás, Ayuntamiento, calle del Dean, San Miguel el alto y el Alcázar.

En el espacio comprendido entre las líneas que unen los puntos mencionados, vivian los romanos.

Esta época no entra en nuestra reseña sino como un preámbulo. La primera capa, la primera generacion que hemos de examinar es la visigoda. Para llegar á ella y figurarnos la ciudad como era del siglo V al VIII, es preciso destruir con la imaginacion todo lo existente. El circuito de la ciudad es casi el mismo que tiene hoy. Por un lado el rio la determina bien en su curso invariable: por otro las murallas construidas por Wamba se señalan perfectamente en la línea que va de la puerta del Sol á la del Cambrón. Dentro de estas líneas, una de agua y otra de piedra, teneis la ciudad visigoda. Aun no ha venido Tarik con sus huestes invasoras:

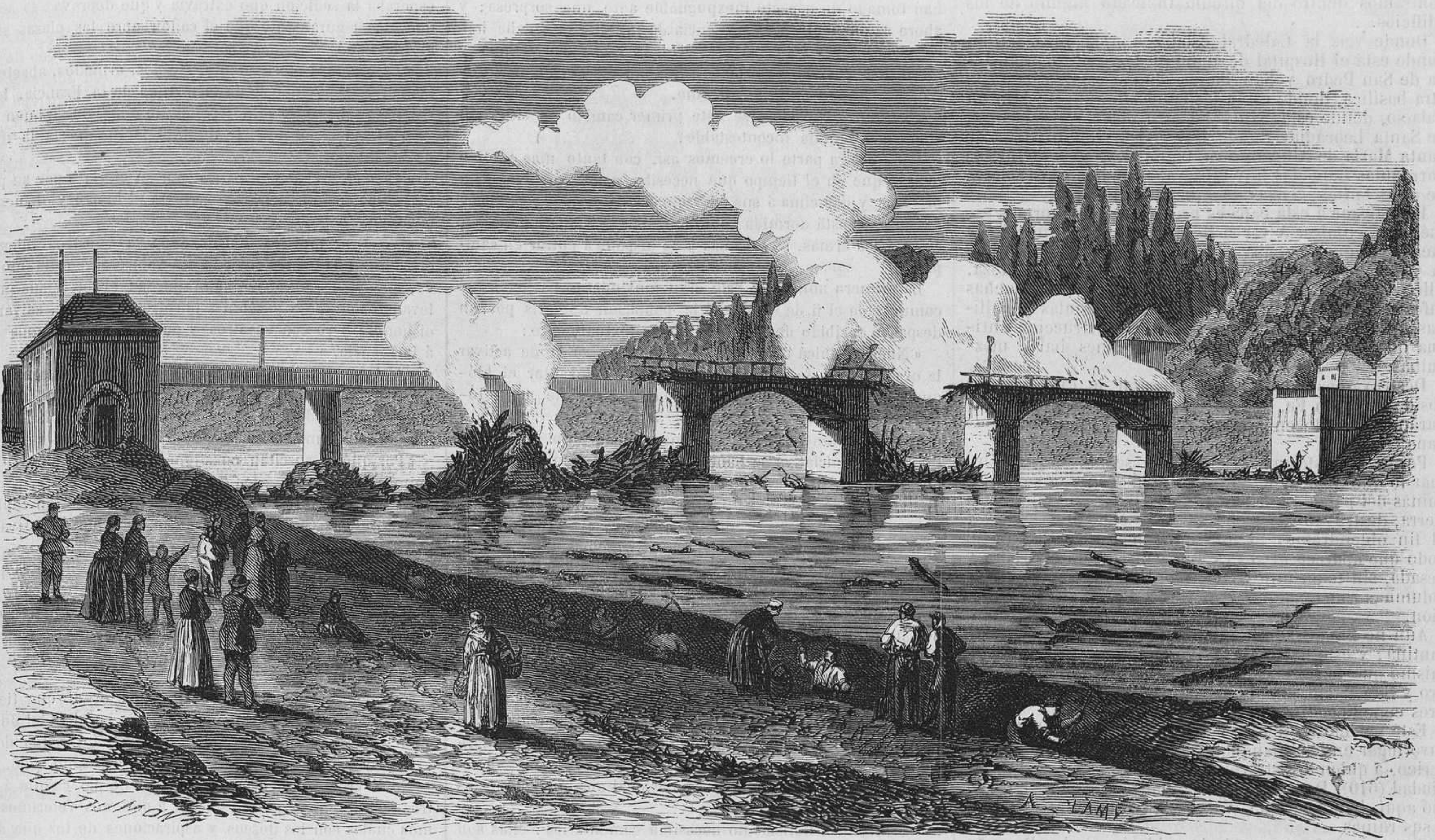
(1) Don Cristóbal Lozano en su obra titulada: *Los Reyes Nuevos de Toledo*.



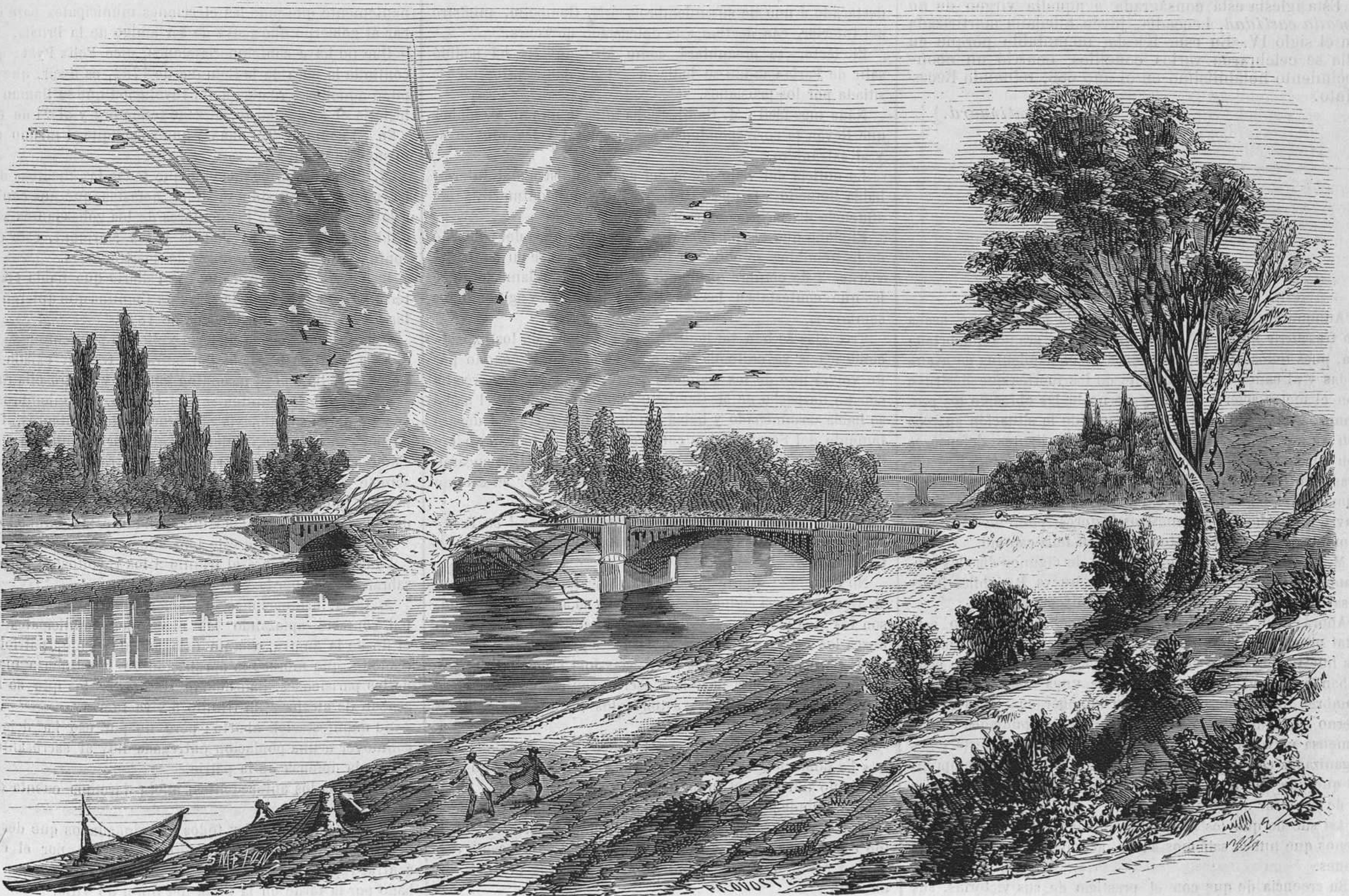
Incendio de aldeas contiguas á las fortificaciones. — Vista tomada de Bicetre.



La guardia nacional en las murallas. — La hoguera.



LA DEFENSA DE PARIS. — Incendio del puente de Asnières.



LA DEFENSA DE PARIS. — Destruccion del puente de Courbevoie.

todavía el río no ha sacado fuera el pecho para anunciar la ruina de aquella sociedad. Veamos ahora si encontramos dentro del círculo indicado alguno de los edificios.

Donde veis la Catedral estaba una basílica latina, donde está el Hospital de Mendoza la basílica pretoriana de San Pedro y San Pablo, donde está Santa Justa otra basílica, donde están las ruinas de San Agustín un palacio, donde está Santa Fe otro palacio; la basílica de Santa Leocadia, donde hoy existe; en el solar de Santa María de Alficeu otro templo; y en general las parroquias llamadas hoy muzárabes indican los solares de otras tantas iglesias de aquel tiempo.

Para llegar á esta capa es preciso hacer enormes esfuerzos mentales. A ver si llegamos á reconstruir el palacio godo que ocupaba todo el solar donde están hoy la Concepción, Santa Fe, y el Hospital de Mendoza. Allí veis además de esto una aglomeración de casuchas infectas, muchos corrales habitados por mulas y gallinas, paredones derruidos, trozos de construcción antigua donde se han arreglado habitaciones harto mezquinas.

Destruyamos todo esto, el hospital de expósitos, el ábside de Santa Fe, la torre de la Concepción, y quedarán solamente en pie los restos del palacio de Galiana.

Pero como este monumento, que se mutiló para formar lo que hemos quitado, se fundó á su vez sobre las ruinas del palacio que buscamos, echémosle también á tierra, destruyamos las obras sucesivas de once siglos, y al fin obtendremos lo que queremos ver. El palacio godo que aparece al fin es una construcción bárbara y pesada, sin tener otra cosa elegante y bella mas que las columnas romanas que han utilizado en su construcción.

Aun no ha entrado la moda de la ornamentación bizantina; y este palacio es un monumento primitivo, lo mismo que su iglesia, la basílica pretoriana de San Pedro y San Pablo, donde se reúnen varios de los célebres concilios.

Este palacio no debe ser anterior al siglo VII, tal vez tuvo lugar en él el banquete en que fué asesinado Wiserico, á quien arrastraron despues por las calles de la ciudad (640). De Sisebuto sí se puede presumir que vivió aquí, lo mismo que Wamba, cuyo nombre va unido á sus ruinas.

Sigamos reconstruyendo la población goda. Pasando de un puente á otro puente, nos encontramos en la parte occidental de la población, donde ya habitan muchos judíos. Sisebuto ha promulgado varias leyes de persecución contra ellos, lo cual no impide que se propaguen y formen el populoso barrio llamado *la Judería*. El mismo rey ha fundado una iglesia cerca de allí, en la Vega, á poco trecho de la puerta á que ha sustituido la moderna del Cambron.

Esta iglesia está consagrada á aquella virgen de *no tocada castidad*, Leocadia, joven toledana martirizada en el siglo IV. En esta iglesia, memorable porque en ella se celebraron varios concilios, ocurrió un acontecimiento notabilísimo en el año 666, reinando Recesvinto.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Aunque en los hechos de armas de la semana que acaba de transcurrir no encontramos ninguno de grande importancia, pues todos ellos se reducen á reconocimientos de avanzadas y al cañoneo intermitente de los fuertes que destruye con el mejor acierto de día y de noche las obras de los prusianos, es indudable que el aspecto de la situación aparece con un colorido mas risueño para los valientes defensores con que cuenta la Francia. Con efecto, si recordamos las palabras altaneras del omnipotente ministro del rey Guillermo, consignadas en el patriótico y elocuente informe de M. Jules Favre que conocen ya nuestros lectores, podremos ver claramente los primeros síntomas de tan feliz cambio.

M. de Bismark decía que si dentro de algunos días los prusianos no habían tomado á Paris, la nueva República francesa habría sido devorada por el populacho.

Ahora bien, pronto hará un mes que se pronunció este fatal pronóstico, que ha salido burlado en sus dos extremos: las huestes prusianas continúan en las posiciones que ocupaban á su llegada y los intentos de unos cuantos miles de hombres extraviados que querían imponer sus leyes al gobierno de la defensa nacional, han sido repudiados por la inmensa mayoría de los parisienses en las manifestaciones organizadas con aquel objeto, pues todo el mundo comprende que hoy en día solo hay en Francia una necesidad, y es la de expulsar al enemigo.

Así sucede que los sitiadores no dan señales de vida, y menos que nunca sabemos en la actualidad cuáles son sus planes.

Su creencia de que con el prestigio de sus victorias, sus masas inmensas de soldados, su formidable artillería y sus ilustres jefes, se iban á apoderar de Paris con solo asomar á sus puertas, parece seguramente bien quebrantada,

No han podido ó no se han atrevido con un golpe de mano, porque en breve tiempo las fortificaciones de Paris han tomado un aspecto inexpugnable ante una sorpresa; y ahora se encuentran en presencia de un sitio que debe hacerse con todas las reglas del arte, lo que exige tiempo y sacrificios, cuando los sitiados se hallan tan decididos á defenderse hasta el último extremo.

¿No puede considerarse este primer cambio de situación como una ventaja incontestable?

Por nuestra parte lo creemos así, con tanto mas motivo cuanto que en el tiempo que necesitarán los enemigos para preparar y dar cima á sus operaciones, la Francia republicana, que no está dormida como lo estaba la Francia imperial, corre á las armas, se organiza y se dispone á entrar en campaña.

La primera noticia de este gran movimiento nacional fué comunicada el 6 de octubre á la población de Paris por un despacho recibido de Tours, que dice textualmente:

« Nuestra única é inmensa preocupación es la de activar la organización de las fuerzas destinadas á levantar el bloqueo de Paris, y todo cuanto se hace sobre este punto infunde las mejores esperanzas. La acción de las ciudades y de los departamentos haciendo marchar adelante las fuerzas que por su iniciativa se han organizado, se combina con ardor con la de los contingentes militares que forman ya dos ejércitos, cada uno de 80,000 hombres, el uno en el Loira que va á emprender el camino de Paris y el otro en... Por otra parte se reúne un tercer grupo, compuesto de fuerzas regulares, guardia movilizada y voluntarios. La situación del mariscal Bazaine continúa siendo excelente. Un agregado militar que acaba de recorrer los puntos en donde se reúnen nuestras tropas, se ha sorprendido con el número considerable de hombres bien armados y equipados, y sobre todo con la artillería, cuya existencia ni remotamente se sospechaba. La legión francesa y los zuavos han llegado de Roma, gracias á las disposiciones de nuestro embajador, y van á formar un sólido apoyo que pronto se pondrá en marcha. »

Y el gobierno de la defensa nacional añade al pie estas patrióticas palabras:

« Semejantes noticias no necesitan comentarios: ellas son la recompensa de la noble y denodada actitud de Paris y de sus defensores, ellas aumentan nuestro valor y fortifican nuestra constancia, ellas en fin, nos muestran como una buena esperanza el día en que nuestra mano encontrará la de nuestros hermanos de los departamentos al través de las líneas enemigas rotas por el esfuerzo de todos. »

Para activar en todo lo posible el celo administrativo de los departamentos, el gobierno de la defensa nacional ha destacado á uno de sus miembros, á M. Gambetta, ministro del Interior, con destino á la delegación de Tours.

El lector se preguntará cómo M. Gambetta ha podido salir de Paris cuando se halla la ciudad tan rigurosamente sitiada por los prusianos.

Nada mas fácil: M. Gambetta ha tomado uno de los globos que llevan la correspondencia de la capital á las provincias y al extranjero.

La noticia del viaje aéreo del señor ministro del Interior había llamado á la plaza de San Pedro en Montmartre, una afluencia de curiosos extraordinaria.

El globo que trasportaba al animoso miembro del gobierno de la República se elevó en los aires á las once en punto del viernes 7 de octubre en medio de inmensas aclamaciones, á las que contestaban los viajeros saludando y agitando sus sombreros.

Tres días se han tardado en tener noticias de los expedicionarios y ya se temía algun accidente fatal, cuando por fin volvió uno de los palomos que llevaban en la navecilla con un despacho de M. Gambetta, en que decía que el globo se había desinchado y había caído en una selva del departamento del Somme; que con gran trabajo se habían podido librar de los tiradores prusianos, pero que al fin se encaminaban á Amiens, de donde pasarían á Tours por el camino de hierro.

El parte añadía que el levantamiento es general en Francia y que el gobierno de la defensa nacional es aclamado en todas partes.

No hay duda que el talento comunicativo y simpático de M. Gambetta, así como su elocuencia y su ardor republicano, son los mas propios para que la misión que se le confía produzca los resultados que el gobierno se propone.

M. Gambetta lleva á las provincias una proclama del gobierno de la defensa nacional, escrita con ese estilo conciso y enérgico que caracteriza á todos los documentos políticos publicados hasta el día.

Dirigiéndose á los franceses, les dice:

« La población de Paris ofrece en este momento un espectáculo único en el mundo.

« Una ciudad de dos millones de almas sitiada por todas partes, privada hasta ahora por la criminal incuria del último régimen, de todo ejército de socorro, y que acepta con valor y serenidad, todos los peligros, todos los horrores de un sitio.

« No contaba con esto el enemigo. Creía encontrar Paris sin defensa, y la capital se le aparece erizada de obras formidables y lo que vale mas aun, defendida por 400,000 ciu-

dadanos que de antemano han hecho el sacrificio de su vida.

« El enemigo creía encontrar Paris presa de la anarquía, esperaba la sedición que extravía y que deprava; la sedición que mas seguramente que el cañon abre las plazas sitiadas al enemigo.

« La esperará eternamente. Unidos, armados, abastecidos, resueltos, rebosando fe en la fortuna de la Francia, los parisienses saben que solo depende de ellos, de su buen orden y su paciencia, el detener durante largos meses la marcha de los invasores

« ¡Franceses! Por la patria, por su gloria y por su porvenir, la población parisiense arrostra el hierro y el fuego del enemigo.

« Vosotros que nos habeis dado ya vuestros hijos, vosotros que nos habeis enviado esa valerosa guardia movilizad, que cada día se distingue por su ardor y sus proezas, levantaos en masa y venid á nosotros: aislados, salvaríamos el honor; pero con vosotros y por vosotros juramos salvar á la Francia. »

¡ Ah! ¿ Por qué unos cuantos impacientes ó insensatos han hecho ver el día 8 de octubre que no es tan unánime, tan completo en todas las cosas, el acuerdo de que habla el gobierno en esa magnífica proclama?

¿ Por qué se suscitan cuestiones interiores que irritan los ánimos, que ponen á los gobernantes en la triste, pero imperiosa necesidad de dictar medidas de represión contra los agitadores, en estos momentos en que tan exclusivamente solicita su atención la defensa del suelo patrio?

Preciso ha sido que así lo haga. Esos imprudentes que por fortuna constituyen solo una ínfima minoría en los compactos y numerosos batallones de la guardia nacional, con el pretexto de que se proceda seguidamente á las elecciones municipales, trabajan para establecer lo que se llama la Comuna revolucionaria.

Es decir, un gobierno de calle superior al que tiene su asiento con la aprobación de la Francia en el Hotel de Villa, y un gobierno que se propone parodiar los actos del que existió en la época del terror á fines del pasado siglo.

No se crea que exageramos. Antes de dar cuenta á nuestros lectores de la manifestación á que nos referimos, veamos cuáles son los deseos y aspiraciones de los que dirigen el movimiento; veamos lo que dicen M. Ledru-Rollin, M. Delezcluse, M. Blanqui, M. Félix Pyat en las reuniones públicas y en la prensa.

Estos jefes de los manifestantes denuncian al pueblo á los miembros del gobierno como « monárquicos » y piden la prisión de los traidores y la confiscación de sus bienes por un comité de salud pública.

M. Felix Pyat en su periódico el *Combate* confiesa terminantemente que pide las elecciones municipales para derribar al gobierno que acusa de ser amigo de la Prusia.

Que no haya contemporizaciones, dice Felix Pyat; que se continúe la obra de la Comuna de 1792, es decir, que se repitan aquellas jornadas de la revolución que se llaman en la historia el 10 de agosto, el 2 de setiembre y el 21 de enero. « En 70 como en 92, añade, que se aplique al mismo mal el mismo remedio. »

M. Blanqui escribe diciendo que todas las medidas del gobierno actual han sido medidas nefastas que nos conducen á la perdición y que los nombres de los gobernantes se inscribirán al lado de los Fouché y los Marmont, esto es, se confundirán con los nombres de los traidores.

La *Patria en peligro*, que es el diario que habla en estos términos, explica bien la clase de Comuna que quieren regalar á Paris los revolucionarios de 1870.

Para esto apela á la historia y dice lo siguiente:

« La Comuna legal, la del sufragio regular existía en el Hotel de Villa con el girondino Petion; y contra ella marchó expresamente la Comuna revolucionaria. Sus miembros, cuyos nombres son todavía el terror de los traidores, fueron elegidos tumultuosa, violentamente, por la minoría revolucionaria, contra la mayoría egoísta y retrógrada. El primer acto de la Comuna ilegal fué arrojar á la otra por las ventanas del Hotel de Villa y tocar á rebato. No había otro remedio: Petion ó Marat, ¡ la Municipalidad ó la Comuna! »

Nada mas claro que este lenguaje.

La elección no dará el triunfo á los revoltosos; pero ellos sabrán arrojar por la ventana á la mayoría.

A tales insinuaciones el gobierno de la defensa nacional contestó aplazando las elecciones municipales hasta el fin de la guerra, y ante esta actitud firme, patriótica y resuelta, que merece la aprobación de la inmensa mayoría de los parisienses, han debido retroceder los que se lisongeaban de alcanzar un triunfo á viva fuerza.

Su manifestación abortió; pero no por eso ha dejado de conmoer á una población entregada hoy al sacrosanto deber de la defensa de la patria.

Conocidos los antecedentes, ahora daremos cuenta de los hechos.

La guardia nacional y todos los ciudadanos que deseaban la elección de la Comuna, fueron invitados por el comité central republicano á manifestar altamente su opinión el sábado por la tarde en la plaza del Hotel de Villa.

Los comités de los veinte distritos de Paris habían nombrado delegados para pedir al gobierno que las elecciones se hicieran esta semana,

Con efecto, á eso de las tres de la tarde entre curiosos y manifestantes habia en la plaza del Hotel de Villa y en sus inmediaciones como unos diez mil hombres; pero es de advertir, que en esta multitud los partidarios de la Comuna eran contados, y cada vez que ellos daban un grito, una aclamacion inmensa contestaba victoreando á la República y al gobierno de la defensa nacional.

Muchos de los miembros del gobierno salieron al balcon del palacio municipal y fueron recibidos con gritos de entusiasmo.

En suma, cuatrocientas ó quinientas personas estaban por la sedicion, y fácil es comprender que sus voces se perdian entre las de tantos miles de hombres que expresaban su confianza en el gobierno.

Por fin llegó un batallon de la milicia nacional que comenzó á dispersar la gente, obra que fué secundada por un fuerte aguacero; al anochecer todo habia vuelto á entrar en el orden.

Se han hecho algunas prisiones, y en el dia ya no se teme que vuelvan á repetirse escenas como la del sábado, tan propias para confirmar los deseos del enemigo.

El general Trochu, que cruzó la plaza en el momento de la manifestacion, siendo victoreado enérgicamente, dijo á los alborotadores:

— Haced silencio y oireis los cañones prusianos.

La energía del gobierno ha sido elogiada por todos.

M. Jules Favre pasó revista á la guardia nacional, y despues, reuniendo á los jefes, les dijo:

— Esta jornada es buena para la defensa, pues afirma una vez mas nuestra firme resolucion de permanecer unidos para salvar á la patria. Hoy habeis probado que quereis sostener al gobierno para que con vosotros libre á la Francia de la presencia del extranjero; y en cambio el gobierno se compromete á proseguir ese noble objeto hasta la muerte. Despues de la victoria las elecciones; pero hasta tanto, que no haya mas que union para rechazar al enemigo.

Así lo comprenden los habitantes de Paris: union y concordia para triunfar de los prusianos, tal es el grito de patriotismo que se exhala de todos los corazones.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EPÍSTOLA III.

Es la noche: las sombras misteriosas
De lúgubre crespon cubre la tierra.
El viento perfumado de la tarde
Plega sus alas, y en la verde selva,
El genio del silencio se levanta
Para velar sobre la noche. Reina
Profunda paz: solemne y solitaria
Se oye la voz en la vecina aldea
De la ronca campana, que convida
A meditar y orar. Oh, Fabio, puedan
Nuestras almas tambien en el retiro
Que hace mas bella esta imponente escena,
Orar y meditar: en el silencio
Yo oigo la voz de Dios, y letra á letra
Leo su nombre escrito sobre el cielo
Y le adoro con fe. ¡Ser que venera
Mi espíritu y mis labios aprendieron
De niño á bendecir, de mis tinieblas
Rompe el capuz y un rayo de tu nombre
Lanza é ilumina mi razon pequeña!

¿Quién soy? ¿A dónde marchó? ¿Mi destino
Cuál es, y mi mision sobre la tierra?
¿De dónde vine? ¿quién es ese oculto
Ser, que en mí siente y por sí mismo piensa?
¿Qué ardor es este interno y poderoso
Que domina mi espíritu y me muestra
Un mas allá que á comprender no alcanza
Y mi razon por comprender se empeña?
Mi ser, mi propio ser, es un misterio;
Esa intuicion de la infinita idea
En mi débil razon, misterio augusto:
Misterio cuanto á mi redor me cerca.
La luz que muere y forma arcos de fuego,
El aire azul, el globo que voltea
En sus inmensos ejes de diamante,
¡Oh, nada alcanza á mi mirada estrecha!
¿Por qué el sol que hoy se apaga en Occidente

Mañana vuelve á aparecer? ¿qué fuerza
Tiene su rayo para darnos vida
Y hacer fecunda la caliente arena?
¿Y mi instinto, mis sueños, mi memoria,
Y la union con que se une á la materia
La chispa de mi vida en lazo fuerte?
¡Siempre misterio y sombra por doquiera!
De cuanto siento y miro en torno mio
Nada sé: en vano de la oculta ciencia
En la copa bebí, que hallé tan solo
Yerto vacío, oscuridad inmensa.
Nuestra razon sin otra luz mas alta
Nos extravía: y en su angosta senda
Reinan mas el error y la ignorancia
Que la hermosa verdad que alcanza apenas.
Esa es la ciencia, Fabio: allí no es donde
Se eleva el alma á la verdad primera,
Ni es allí donde el genio vigoriza
Su aliento audaz, ni la virtud se templó.
En otro espacio, en otro teatro augusto,
Debe buscar mas campo á su grandeza:
En sí misma, en su propio sacrificio,
En su propia energía y lucha interna,
En ese mar que en ondas se revuelve,
Como el Océano en tempestad desecha,
El agitado mar de las pasiones,
El recto corazón se pone á prueba.

Se aprende mas en ese libro, Fabio,
Que en los libros profanos de la ciencia,
Donde hay mas pompa y vanidad y orgullo,
Menos virtud y gloria verdadera.
Sigamos, pues, la senda que nos traza,
Que es senda de verdad: llevando en ella
Seguro el pié y el corazón sereno,
Intacto de vergüenza y de miseria,
Tocaremos el término dichoso
Que allá en el horizonte nos espera.
Pero antes de llegar ¡cuántos dolores!
¡Cuántas dudas y lágrimas y quejas!
Si antes de la corona está el martirio
Y antes del triunfo la feroz pelea,
Suframos hoy para gozar mañana.
Antes de descender el fuerte atleta
Al campo, se prepara desde niño
Para luchar en la sangrienta arena.
El viajero en los bosques seculares
De la virgen América atraviesa
Sus ocultas regiones cuando sabe
En su profunda soledad la senda
Que lo debe guiar: ¡ay, si la pierde!
Que oscura tumba en el desierto encuentra!
El alma así en el viaje da la vida
Busca la luz de Dios, que solo ella
Es la verdad, la vida y el camino:
Y quien la sigue no anda en las tinieblas.

Practicar la virtud y los deberes
Cumplir que nos imponen la creencia,
La patria y el honor, la mano amiga,
Siempre tender á la infeliz miseria,
Y elevar el espíritu á lo eterno
Del infinito y Dios en la alta idea:
Eso, Fabio, es vivir: eso es alzarse
A la luz de otro sol y en otra esfera.
¡Oh, lo demás es vanidad! Honores,
Gloria, poder, espléndida opulencia
Es vanidad de vanidad. La tumba
Señala breve término á la fiesta,
Y el mismo sol que alumbró tus banquetes
El dia del placer, sobre la piedra
De tu sepulcro extenderá al siguiente
Su débil luz cuando en la tarde muera.
La juventud coronas entreteje
De rosas y de mirtos; no se acuerda
Que hay hojas de ciprés para guirnalda
Que otros le tejerán; y nunca piensa
Que á la hermosa mañana de la vida,
Joya de la brillante primavera,
Siguen las tardes tristes del otoño
Y del invierno cruel las noches negras.
Fabio, Fabio, muy luego nuestras tardes
Veremos acercar: acaso esperan
Largos dias de llanto á nuestros ojos
Y á nuestros corazones duras pruebas!

Mas, si de amarga suerte los rigores
Tenemos que arrostrar, oh Fabio, es deuda
De sagrado deber, templar el alma
En la fe y la virtud, porque sin ellas
Sombra es la vida, sueño la ventura,
Y el corazón se rinde á la flaqueza;
Solo Dios da vigor al alma fuerte,
Al genio aliento y luz á la conciencia.

CÁRLOS WALKER MARTINEZ

1865.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

Por la razon, el hombre de dignidad, en la misantropía del hastío y en la falsa austeridad de la impotencia, no renuncia al deleite de los sentidos, sino para entregarse á los furros del odio, al desenfreno de la ambicion, á los extravíos de la vana ciencia ó á las multiformes bajezas de la desapiadada codicia.

¡Ay! Solo Dios puede venir en ayuda del corazón y del espíritu, por medio de una verdad y de una conciencia que no es la razon y la moral de los hombres; por una pasion que no es el atractivo de la efímera belleza. El hombre no puede ser de una mujer; pero solo cuando sabe que no puede ser ni de los hombres ni del mundo. El hombre no es mas que del cielo; eslabon de la cadena que tiene Dios en su mano, no es en su soberana diestra mas que su libre instrumento. Desprendido é independiente de todo, solo le recoge y le liga ese vínculo único y digno, que de esa religacion tomó su nombre. Del mundo ó de la patria, de una empresa ó de una idea, de una mujer ó de una familia, se hace el mas imperfecto y anómalo de los seres de la creacion cuando no preside á su objeto por delegacion de la Providencia y como sacerdote de la Divinidad. Que goce y que padezca, cuando obra y ejecuta, no le importa. Obedece, consagra; sobre las sensaciones del precepto que cumple, hay el sentimiento de Dios que le inspira. ¿Es necesario amor? Revienta en sus entrañas un volcan ardiente de afecto, que se llama caridad. ¿Se necesita construir poder, consumir hechos de gloria? Brotan en el alma del mortal escogido estímulos mas poderosos que la ambicion, con aquella complacencia del dolor, con aquella divinizacion del sufrimiento, que empieza en el espíritu de mortificacion para llegar á la sed del martirio. ¿Se necesita el espíritu de mando? Dios crea, en vez de satánico orgullo, la sublime contradiccion de la humanidad. ¿Se necesita, en tinieblas de ignorancia ó en el caos del error, un rayo de ciencia ó una palabra de doctrina? Del empero descendiendo una luz de sabiduría, que hace palpable el mundo de los espíritus y diáfana la region de los cuerpos y se llama la fe... ¿Es preciso un hombre para fundar un imperio ó una barbarie?... Se consagrará Carlomagno... ¿Ha llegado el dia de construir una nacionalidad?... Vendrán Fernando III y Esteban de Hungría... ¿Hay que salvar una pobre nacion sometida? Los hombres del antiguo patriotismo serán los mancebos, los héroes de la moderna caballería se llamarán Cides y Guzmanes. ¿Se necesita fijar el movimiento del sol y descubrir un mundo? Dios suscitará á Copérnico y hará fanático á Cristóbal Colon. Por Dios será el sol de la doctrina Santo Tomás de Aquino; por Dios será el poeta de la Europa Dante Aldighieri; por Dios, el espíritu de humilde experiencia y de investigacion laboriosa se hará luz de verdad en Isaac Newton, y portento de ciencia en Linné y en Cuvier; para llevar la religion á los indios volará á morir Francisco Javier; para enseñar á leer el nombre de Dios á los niños habrá un Calasanz, y hasta para medicinar á los pobres y para enterrar á los muertos, el hombre de las miserias humanas se habrá llamado Juan de Dios... ¡Oh! ¿y la mujer?... Debíamos prosternarnos de rodillas antes de empañar con afectos impuros ese vaso de eleccion divina... Cuando Dios le consagra hasta la fe conyugal á un mal esposo, merece á una mujer ser la madre de San Agustín y á una ilustre castellana la madre de San Luis... ¿Qué sería la historia sin los nombres de las Blancas, de las Berenguelas, de las Jimenas?... Al extravío de un afecto frenético, pero santo, le castigó con la demencia, pero le coronó con la maternidad de dos grandes emperadores y de dos excelsas princesas; y cuando Dios quiso dar el ejemplo mas prodigioso de patriotismo y de nacionalidad, la elevacion de un gran pueblo y la dilatacion de un nuevo mundo se llamaron, en una cabaña Juana de Arco, sobre un trono soberano Isabel la Católica... ¿Qué mucho, si la virginidad de la mujer mereció la visita de Dios en sus entrañas, si la maternidad

de la mujer fué digna de obrar la redencion del género humano?...

¡Ah!... ¿Y qué son ¡Dios mio! al lado de los móviles mundanos, no mas, al fin, en su fondo, que instintos animales, esos sentimientos celestes é inmortales como el alma, que llenan la historia de milagros y la tierra de prodigios?... ¿Qué es la verdad de la ciencia, qué es la belleza del arte de los hombres, comparadas con esas visiones de sabiduría, con esos éxtasis de revelacion, con esas consagraciones de martirio, con esos raptos y deliquios de amor inmortal, que abisman el corazon humano en el piélago de la gloria de los ángeles, que pueblan los espacios de los cielos con las almas de los elegidos?... Tú mismo, Enrique, que me has escuchado y compadecido... ¡cuán pobres y mezquinas, fútiles y ridículas te deben parecer mis pasiones y desventuras, cuando hay para el corazon del hombre tan divinos consuelos y tan santas esperanzas?... ¿Cómo puede haber en mi vida misterios tenebrosos cuando tan radiante luz se levanta sobre el vuelo de sus sombras?... ¡Oh! sí, pronto se descenderá del todo; y entonces tal vez esa estatura mia que hoy he rebajado á tus ojos, volverá á levantarse á mayor altura... y esa gloria y celebridad de que me ha despojado, y de que en mis retiros misteriosos me ves desposeido te parecerán como la diadema de papelon de los histriones, al lado de la corona de los monarcas y del casco de los héroes...

Enrique... querido y tierno amigo, añadió Javier (desfalleciendo su voz en la serena mansedumbre de una suavísima dulzura), tal vez esta severidad y dureza, esta falta de corazon que hoy me reprendes, podrán abrigar para tí mas abundantes tesoros de ternura y mas copiosos raudales de amor del alma, que esa dulzura afeminada del afecto vulgar, que se cristaliza y endurece á la menor sequedad, como el jugo de la caña... Dios ha permitido á los veneros de las fuentes manar dulces y potables, Dios ha dejado á los arroyos correr diáfanos y cristalinos... Las aguas de los grandes rios van turbias ó azules; las que en el Océano cubren abismos de grandeza y maravillas de fecundidad son verdosas y salobres, y saben amargas, como las lágrimas del hombre...

Cuando decia estas palabras, no era Javier el que lloraba. Era Enrique quien besaba con lágrimas la mano de su amigo, estrechándola con un movimiento de adoracion que le embargaba la palabra. La mirada de Javier elevábase al cielo, serena y majestuosa, en la actitud de aquellas almas bienaventuradas que pintaba Ribera volando á la gloria.

En aquel momento, como si las palabras, conducidas por un espíritu misterioso, hubieran llevado hasta el corazon de Irene el sentimiento que las inspiraba, alzábase de nuevo en la celda el himno religioso de la noche, despidiendo, como una lámpara sus últimos fulgores, las postrimeras notas melodiosas y dolientes.

Síguelas un hondo suspiro, que resonó en el silencio del espacio, pero que pareció á Javier y Enrique tan penetrante como si á pocos pasos le hubieran exhalado... La luz que ardia dentro de la celda se anubla y se apaga.

A la espalda de los dos amigos, y sobre los altos cerros del Oriente, levantábase la luna, iluminando blandamente los valles, y plateando espléndidamente el Océano. Enrique seguia en su enternecido silencio. Javier rezaba á media voz con espíritu fervoroso, pero con gesto apacible y con ademán resignado.

Reinaba en derredor la calma augusta de la naturaleza en reposo, y hasta los bramidos del mar y los murmullos del rio eran sordos y apagados, como el resuello de un dormir tranquilo, como la oracion solitaria de un anciano al quedarse en la paz del sueño...

De improviso, y como exhalado de una persona súbitamente herida, hiende los aires y taladra sus oidos un grito lastimero. Los dos amigos se estremecen y se levantan. Aquel ¡Ay! de dolor ha sonado como en el suelo y á muy poca distancia del pilar de la cruz, cuyas gradas les servian de asiento.

De repente una niña tierna, asustada y sin aliento, sale de entre los matorrales del camino con un pequeño farol en la mano, y viene llorosa á demandarles auxilio. Enrique da un grito al verla, y los dos amigos la siguen por entre un grupo de árboles que cercaban un raso de yerba que servia de eras en el verano...

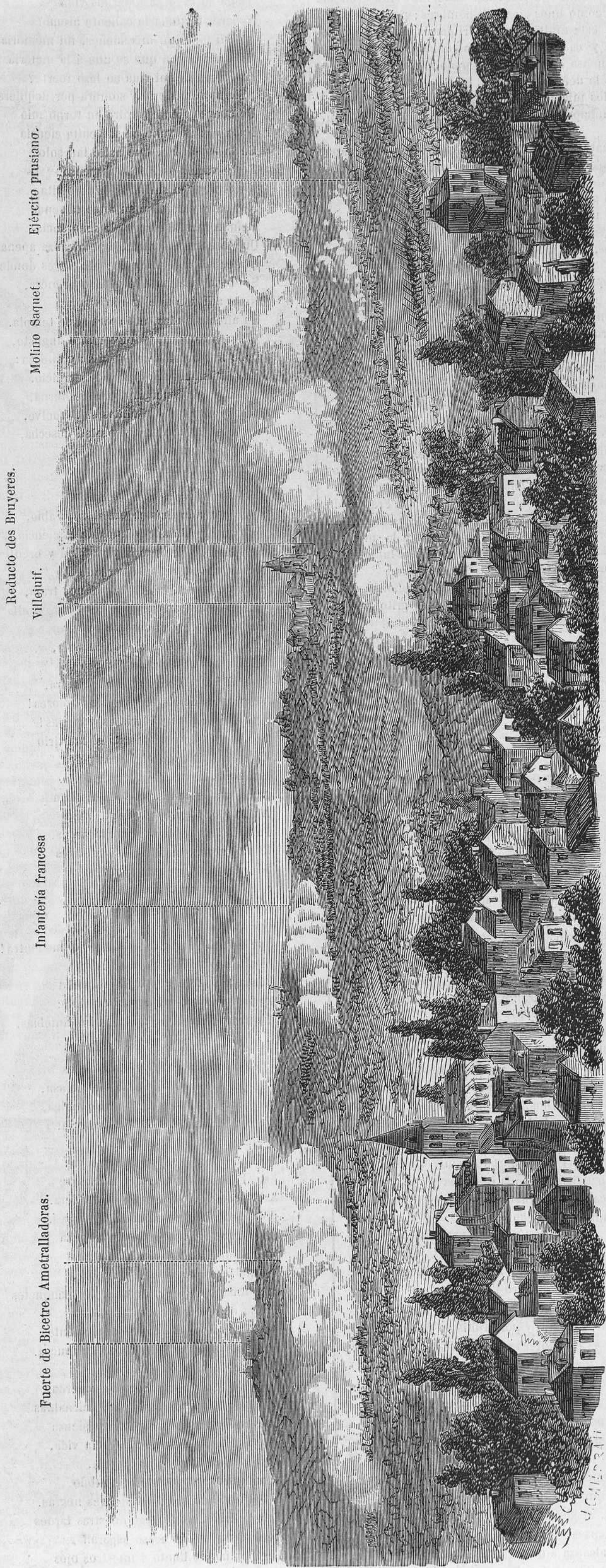
Allí, tendida sobre el césped, pálida como la muerte, fria y sin acuerdo, pero con vida y murmurando palabras incoherentes entre cortados sollozos, levantan del húmedo suelo, y recogen en sus brazos, á una mujer joven, hermosa, sola, y al parecer desvalida... Era Sofía...

VIII.

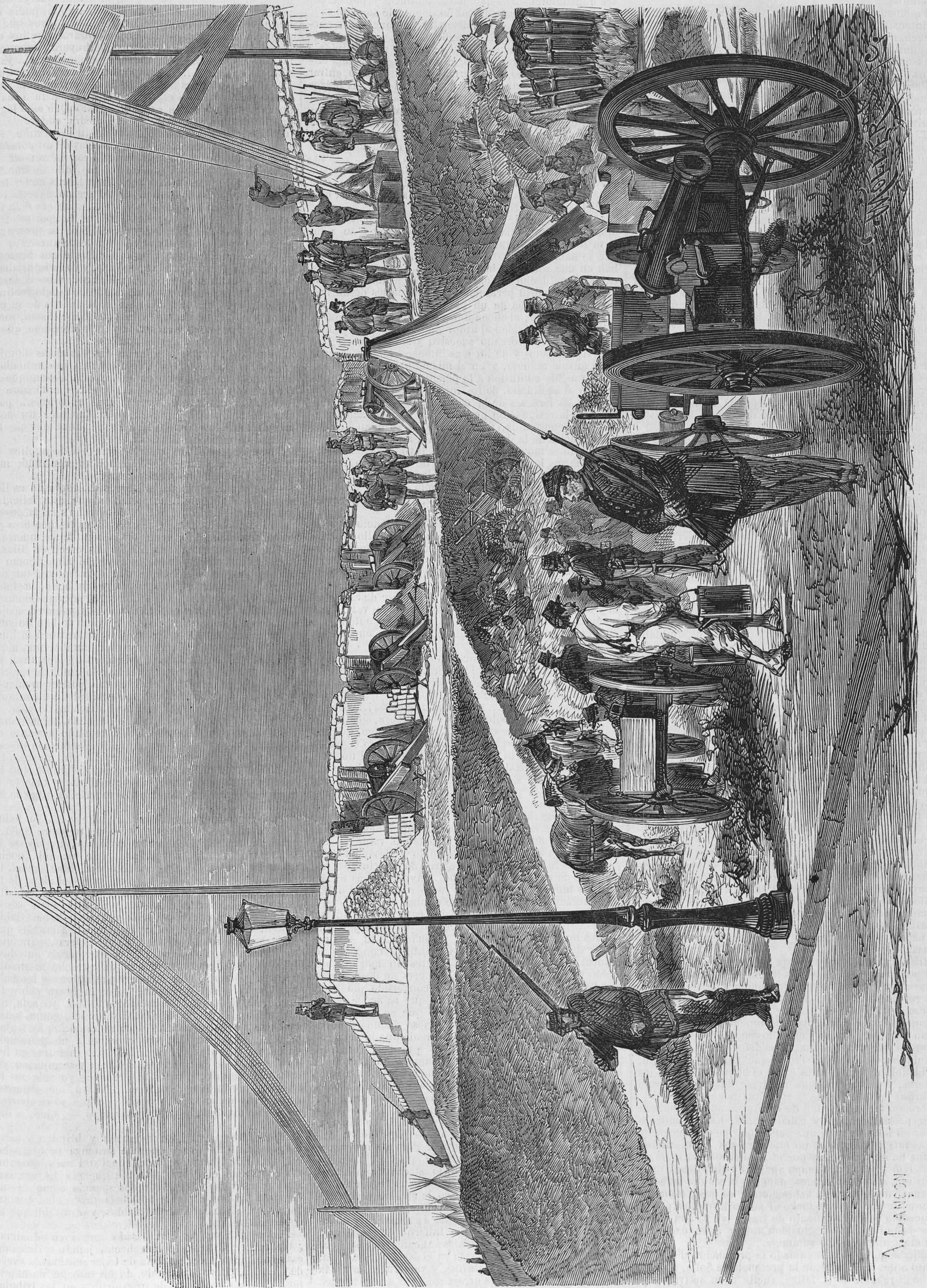
Sofía, segun lo que pronto tuvieron ocasion de saber los dos amigos, habia dejado pocos minutos antes la celda y compañía de Irene, que hasta bien entrada la noche la habia entretenido y embelesado.

Habia encargado á su sirvienta niña que viniera á buscarla, porque en aquellos hospitalarios y poblados contornos, no tenia nunca necesidad de otra compañía para ir segura y autorizada á través de las sendas y trochas de las aldeas.

Al salir del monasterio y tomar la direccion de su residencia, hubo de herir sus oidos, por detrás de los arbustos de la linde del camino, el acento de aquel hombre, que concluia entonces su fervoroso discurso. De esta vez no era ya una figura lo que la alucinaba y estremecía.



EL SITIO DE PARIS. — Accion de Villejuif. — Vista tomada de Cachan.



EL SITIO DE PARIS. — Un bastion.

A. LANGON

Era una voz y una palabra, que vibró en sus entrañas con el brillo deslumbrador y fulmineo de una realidad espantosa.

Fascinada de terror por una sorpresa que aumentaba la intensidad de sus recientes apariciones, detúvose á escuchar en el paraje que le pareció mas propicio, para asegurarse de lo que pudiera haber de verdad en la representación ó juego fantástico de sus enfermos sentidos.

Pero el efecto de aquella palabra, de tan viva y sorprendente memoria en su corazón, fué tan impensado y sobrenatural, que no dió lugar en la perturbada jóveu á ninguna reflexion tranquila.

Tantos meses de continuos recuerdos, y sobre todo aquellos dos dias de incesante sonambulismo que lo ponian siempre delante una imagen importuna; dos dias de haber estado diciendo sin interrupcion, ó con el acento de sus labios ó con el verbo de su alma, el nombre aquel de indeseifrable enigma ó de portentoso conjuro, de tal manera habian predispuesto su sensibilidad, que el efecto de las palabras de aquel hombre fué superior á la resistencia de su tirante espectacion.

La identidad de aquel acento no fué para sus oidos un reconocimiento de realidad; la aterró, como un prodigio; la petrificó, como una revelacion milagrosa; heló su sangre, como una evocacion infernal, como la voz que le hablara, de dentro de la tumba, el cadáver de una persona querida. Sofia habia distinguido apenas el sentido de aquellas frases; solo habia escuchado el sonido de unas palabras...

Habiase estremecido á la vibracion de sus apagados ecos, como al silbar de una bala que pasara cerca de sus oidos. Se alarmó de espanto su corazón como cuando se oyen los alaridos de gente aterrada, y las pocas fuerzas que quedaban en su organizacion calcinada y vidriosa estallaron, quebrantadas por la fulminante palabra, como saltan, al estampido del cañon, los cristales de un edificio...

Espeluznaronse sus cabellos, como al zumbido de un reptil que sale bajo de los piés, como al baladro de una fiera que cruza de improviso el camino; saltaron los ojos de sus órbitas, perdieron sus sentidos el tacto de la realidad, afluyó toda la sangre de sus venas, para entrar y romper en su corazón comprimido; quedaron en fria contraccion sus miembros, flaquearon sus plantas debajo de sus rodillas, y dejó caer su cuerpo sin fuerza ni movimiento sobre el césped de las eras; derribósele la cabeza contra los abrojos de la linde, y apretó sus manos contra el pecho, dando roncós gritos de espanto, y como demandando auxilio contra un horrible, pero incalificable peligro.

Sus ojos se velaron para la luz, retraidos á la intensidad de la vision interna; al frio del espanto, y al fresco de la noche, correspondió en las arterias el hervor acelerado de la calentura, y sobre el seno y el semblante de la fulminada jóven descendió, con su hálito de fuego y su filtro de fria ponzoña, el genio de aquellos males que la gentilidad atribuia á las Euménides vengadoras ó á pasiones de calamidad expiatoria, ó tradicional castigo.

La piedad pagana curaba á estos tristes poseidos, llevándolos al umbral de los templos, ante la trípode de los oráculos, ó los exponia á las conmociones de un peligro de muerte horrenda, despeñándolos en el abismo del mar mugiente, por el precipicio de un tajado promontorio...

Así encontraron Enrique y Javier á la delirante y acojonada Sofia. Levantáronla del suelo, formando una silla con sus brazos, y apoyando Javier su cabeza contra sus hombros. Aparecióse á tal punto, saliendo de entre los árboles, un hombre del campo que cruzaba por estos contornos.

Era Pablo el Triste, á quien ya conocemos y ellos reconocieron, y que á una señal de Javier se puso á ayudarles con su habitual, humilde y respetuoso silencio. Quería Enrique que volvieran á entrar á Sofia en el convento; mas avisado y previsor Javier, prefirió la fatiga de conducirla á su casa por el campo, evitando el ruido y casi el escándalo que podia producir este accidente en personas tan sencillas y timoratas como las religiosas...

Ni se apresuró por volverla al sentido en situacion que pudieran escapársele revelaciones indiscretas, ni á echarle agua en el rostro, que pudiera ocasionar, con una revulsion violenta, una transicion peligrosamente súbita.

Contentáronse con alfojar los broches de su vestido, y con llevarla, pausada y cuidadosamente sostenida, por la vereda mas fácil y llana, precedidos de la niña, que alumbraba, de Pablo el Triste, que guiaba el camino, haciéndola reposar á ratos sobre el blando césped de los linderos, y procurando que respirase desahogadamente las brisas perfumadas de la clarísima noche.

Pero, en medio del afán de restituirla adonde pudiera tener perfecto abrigo y cabal reposo, habia conocido Javier en los latidos de una pulsacion que estremecia y en las ráfagas de un aliento que abrasaba, la intensidad de una fiebre, que exigia por el momento asistencia, y sin mayor pérdida de tiempo auxilios y remedios.

Por eso, así que hubieron depositado su enferma en el canapé de la primera habitacion de su casa, tomaron acuerdo de que volviera luego al punto Enrique á poner lo sucedido en conocimiento de Irene, por si aun cabia en la posibilidad de su situacion tomar á su cargo la asistencia inmediata de su amiga.

Habia además en este cuidado la precaucion de alejar cuanto antes á Enrique de la presencia de Sofia, no fuera que al reposar de la fatiga, vuelta á su actividad y

exaltacion, pero no á su conocimiento, pronunciara frases mas significativas y concertadas que las incoherentes ó incomprendibles que hasta entonces y por el camino se habian escapado confusamente de sus labios.

Y no fueron vanas tan discretas precauciones; porque, cuando la doncella de Sofia la hubo acostado abrigada y cuidadosamente en su lecho, y suministrádole una bebida refrigerante, que el mismo Javier habia entre tanto preparado, la enferma habia mandado entrar á su alcoba al hombre que la habia traído en sus brazos y sustentado contra sus hombros. Cortadas, vagas, sin ilacion ni concierto como eran las exclamaciones y frases articuladas por Sofia en medio de su postracion, no habian dejado duda á Javier del giro, tema y carácter de aquel delirio. Sofia parecia haberle reconocido en la tenebrosa vaguedad de su alucinacion.

Mas reposada en el momento, su desvario revestia mayor apariencia de verdad, y su exaltacion daba á la vehemencia de sus palabras las proporciones de la elocuencia ó de la ternura.

Las creaciones de la ilusion tomaban cuerpo ante sus ojos con la presencia del hombre que tenia á su lado; la memoria se confundia con la actualidad; las escenas que se habian representado en su fantasia se condensaban en una sola, que habia pasado en un salon de máscaras; aquel lecho de enfermedad se hacia el muelle divan del camarín perfumado de los apartes de un festin; las mil bugias de un baile eran los fuegos de su cabeza abrasada; el encendimiento de la fiebre comunicaba toda su actividad al ardor de la pasion; y aquella palabra, que era órgano sucesivo y simultáneo de lo mas vivos afectos y de los mas intensos dolores, pasaba de la misma manera, y en el mismo instante, de la incomprendible confusion á la perspicua lucidez, de la represion al abandono, de los furios del despecho á las extremas ternezas de la confianza sin cautela ni testigo; de la resignacion pudorosa de la desgracia irreparable y consentida, á las libertades y desapoderadas vehemencias de la desesperacion sin remedio...

Su primer movimiento, cuando tuvo á Javier al alcance de sus brazos, fué levantar de improviso con su mano abrasada los cabellos que caian sobre la frente de aquel hombre, y quedárselo mirando de lleno en lleno con una expresion digna de Judith, al asir la cabeza de Holofernes para degollarle.

Púsose á contemplar largo rato en silencio aquella frente petrificada, y luego, apagando el brillo intenso de la mirada ardiente, prorumpió, diciendo con voz cortada y dolorida:

— No; no me engañé cuando te ví, cuando me levantaron tus brazos, y me condujiste en ellos por esas colinas... bien sabia que eras tú... el hombre de esa frente y de esos ojos... No los ví mas que una vez... una noche... Ahora te veo bien... te veo como entonces... como siempre... porque yo te veo siempre, aunque no vengas nunca...

Nunca... no vienes nunca; no has vuelto nunca á cumplirme aquella terrible palabra, aquella solemne y sacrilega promesa con que me perdiste un dia, con que me envenenaste una noche...

¡Infamia... perfidia... seduccion... engaño!... Nunca vienes... ya lo sé... Solo vienes como ahora, siempre de traicion y siempre de mentira... Eso que tengo, que veo delante de mí, no eres tú, no es él... El no es capaz de venir en mi ayuda ni de darme sus brazos... El no pondrá nunca sus ojos delante de los míos... ¡Ay! lo sé... eso no es nada... Eso se llama el delirio, la furia, el remordimiento, la perdicion... Eso se llama la seduccion... el talento... la fascinacion... la muerte... ¡ay!... pero nunca se llama el olvido...

Ya sé que eres una forma de mi pensamiento... una evocacion de mi fantasia. Por eso tengo valor de llamarte perverso y cruel, corrompido y desapiadado... ¡Ay, él!... Si fuera él, me arrojaria en sus brazos, pidiéndole de rodillas una mirada... ¡Ay! Si fueras él, me tendrias mucha compasion... y me perdonarias el delito y la vergüenza con que Dios me castiga.

¡Oh, qué horror!... no, no... no es posible... tú no lo eres... tú eres lo que veo siempre por todas partes... tú eres un pariente lejano de mi madre... tú eres un primo de Enrique... tú eres un antiguo conocido de Blanca... un amigo de Irene... tú eres un mar que no puede vivir sino en el Océano... tú eres un desgraciado que busca la soledad... tú eres el convertido que hace ejercicios de penitencia; el asceta que se acoge á los lugares de devocion; el peregrino que se emplea en obras de caridad; el amparo misterioso de una familia desvalida, el oculto protector ó padre de una jóven desamparada... eres el pintor viajero que saca vistas; el poeta de paso que recoge impresiones; el botánico que herboriza en las colinas por la mañana; el devoto que guía á los aldeanos al rosario por la noche... Tú estás ahora muy lejos de aquí... tú te has muerto ya... Tú tienes muchos nombres, los unos oscuros, los otros olvidados... te llamas legion, como el espíritu de Satanás, conjurado por nuestro Señor... Andas por muchos caminos... y te vistes muchos trajes... Por eso me ves y me oyes... y te apareces por donde quiera... Pero no eres él... él, no sé quién es... Si le estrechara entre mis brazos, se convertiría en el espectro de un anciano ó en el fantasma de un marino... Si yo le enviara una palabra de amor de parte de un corazón que le adora, él blasfemaría del amor, y maldeciría á la mujer en nombre del Dios que condena y del infierno que castiga... ¡Ay! si mis labios calenturientos se acercaran á su boca para que se refrescaran de vida en el ósculo de su alma, aquella puerta volvería á abrirse, y volvería á entrar la mujer misteriosa que me arroja siempre de sus brazos.

El me diría otra vez las palabras tremendas que le oí, cuando invocaba al cielo al pié de la cruz de Valle-de-flores, al tiempo que yo pasaba, al tiempo que yo huía.

Aquel, sí... aquel era él... ¿Quién, sino él, podia tener aquellas palabras, aquella voz?... Los otros que he visto pasar, las demás figuras que cruzaron por los celajes de la mañana, las sombras que huyeron delante de mí con las nieblas de la noche, eran fantasmas... ya lo sé... no hablaban... Tú tampoco... tú no hablas nunca... tú no me dices nada... Estás ahí mirándome hace media hora como un espectro, y no hay en tu boca ni un « te quiero, » ni un « maldita seas. » Que esas lágrimas de tus ojos son mias... y esa piedra marmórea de tu frente, y esa lividez dolorida de tu semblante, son signos y figuras que llevo yo en las telas de mi corazón, como las madres á los hijos cuando los llevan en sus entrañas... Pero aquel que estaba en Valle-de-flores... aquel hombre hablaba... y aquellas palabras no las tengo yo... no las tiene nadie... Aquel acento, aquella voz, aquella maldicion, aquella plegaria... aquel era él... estaba allí... por eso á aquel no pude verle... por eso Dios me estrelló contra la tierra y me alejó de su presencia, bajo el peso de su anatema y de mi desventura...

Era él... sí... el que vino á tenderme sus brazos... ¡Ay! El que vino á prestarme ayuda, y yo le injuriaba... vino á ampararme... y yo le maldecia... vino á sostenerme... sobre sus hombros... donde he estado reclinada tanto tiempo... sintiendo las palpitaciones de su corazón y el aliento de sus labios; que tiene él solo, inarticulado, mas fuego y mas vida y mas consuelo que la palabra de todos los demás hombres...

Ahora... ya no... ahora, te desvías y te alejas de mí... ¡Ay! ¿Por qué?... ahora, que estoy mas quebrantada y muerta que cuando yacia en el suelo... ahora, que te reconozco y que te perdono... ¡ay!... perdóname tú tambien... vuélveme á sostener con tus brazos... para que me incorpore á mirarte... para que alee un poco mi cabeza de esta almohada, que me punza mas que las espinas de aquellos zarzales...

Javier obedeció, sin poder resistirse á la súplica de la delirante criatura; y ella entonces continuó, mas tranquila, aunque no menos extraviada:

— Así, así... gracias... mil gracias... ahora no es ilusion... Dios mio, no... no permitais que esta felicidad sea el delirio de la fiebre... el desengaño seria la desesperacion de la locura... Que crea yo en tí; que crea yo en tu presencia, á lo menos en la hora de la muerte... Es la hora en que hasta los impíos creen en Dios... Acompaña siquiera por ese instante mi alma, como te hubiera entregado mi vida; sí... toda entera, tan ardiente y tan amorosa, tan jóven y tan bella, la tenia destinada para tí... te la hubiera consagrado como á una divinidad... recoge á lo menos sus pobres despojos y sosten un instante este cadáver, como le han de sustentar en sus hombros los que le conduzcan á la tumba... Pónle tú en los umbrales de la tumba, una mortaja de amor... dále funeral y lúgubre un descanso, en que se detenga á gozar la luz del cielo antes de ser enterrado; y que sea tan delicioso mis postrer momento que baste para abismarse en la eternidad de un minuto toda mi alma y todo mi tiempo en esa hora de vida.

¡Ay! sí... todo lo que antes no fué nada... Pasó como la infancia, como el sueño... Solo este año inmenso de esperar, sin objeto, sin porvenir; de esperar con deseo, con delirio, con despecho implacable, sin un solo dia de olvido y sin una noche de reposo, ¡oh! ese año ha sido una vida muy larga, muy horrible... y bien te la puedo entregar, en este lecho de muerte, en pago de un solo abrazo...

Tú le has venido á buscar... ¡gracias!... lo habia adivinado... has tenido compasion de tu pobre Sofia... gracias... Aquella noche que le habias prometido, se la has venido á dar... Bien sabias tú que una sola noche de tu corazón valia por una existencia; bien sabias tú que con esa mirada de tus ojos pagabas el alma de tu pobre amiga; bien sabias que con exhalar mi espíritu en tu aliento, moriria envidiada y dichosa; bien sabias tú que con reposar en mi seno tu frente, habia vivido bastante y que era imposible vivir mas... Tú sabias que del cabo del mundo te habia yo de esperar, para que me llevaras al cabo de la lucha sin tregua en que desfallezco y sucumbo... Deja que ya estreche tu mano, cansada y muerta, no rendida; y que quien se ha dado á tu memoria sin esperanza, pase un brazo sobre tu cuello, sin demanda de recompensa... Así, yo sola, no te haré mal; así no te robaré ilusiones, como todas esas que te han engañado ó corrompido... ¡Ay! ¡las otras!... Ya se han ido, ven conmigo... no pensemos en ellas... mientras allá fuera bailan... mientras en los otros salones se engañan y se seducen y se injurian, yo sola no te injurio, porque te perdono; yo sola no te engaño, porque me confieso... Ni tú me seduces; que tú has hecho todo lo posible porque yo te aborreciera y te olvidara, y yo, á pesar tuyo, te adoro y me rindo...

Sí, déjalos que allá fuera dancen y brinden y canten, que á mí me basta que me sostenga tu brazo en este divan de blando reposo; que á mi oído ninguna música suena con mas armonía que esa tu voz, así amarga y severa, y lúgubre y desesperada como es; ni hay para mí una copa de ambrosía mas dulce que un ósculo que se escapó de tus labios, y otros mil que te deben los míos...

Porque á tí no te han besado nunca en el alma: ¿verdad?... A tí no te han hecho jamás caricias de esas que hacen llorar de pena de tener sentidos... ¿verdad?... Tú, pobre amigo mio, en los trabajos de tu penosa vida, en las fatigas de tu espíritu y en las tribula-

ciones de tu ánimo, en los dolores de tus padecimientos y en el aislamiento de tus infortunios, no has sabido nunca lo que son los cariños de una mujer digna de amarle; ¿verdad?... ¡Oh! no... Placeres infames, caricias de corrupcion, victorias de vanidad... eso es todo lo que has tenido, lo que te han dado... por eso las crees á todas corrompidas é ingratas, frívolas, sensuales, juguetes y golosinas de niños grandes... ¡ay! ¡Y era verdad!... Y era yo sola la que guardaba para tí las caricias del consuelo, los ósculos de la adoracion y los abrazos de la idolatría; yo sola atesoraba el amor del mártir á su Dios, la veneracion religiosa de la esclava á su señor, la ternura de la madre muy tierna para el hijo que llora, la blandura de la nietecita jóven para el anciano muy hermoso, muy bueno y muy padecido... yo sola tengo aquellos cariños que no nacen de ningun deseo, ni aspirarian á ningun placer, sino á la felicidad tuya, de que te vieras tan querido y te sintieras tan adorado... ¡Ay! ¿Por qué no has venido á mí? ¿Por qué no me has buscado cuando era tan hermosa y cuando no estaba enferma ni fatigada?... ¡Ay!... ¿Por qué no me despertaste de mi lecho de inocencia, en mi primera risueña aurora de juventud, y vienes á recostarte al mio, en *mi última noche del mundo*?...

Diciendo estas últimas palabras, Sofia habia estrechado convulsivamente á Javier, y luego tomándole con ambas manos las mejillas, le besaba mil veces en los ojos y en la boca, gritando entre sollozos y delirantes sonrisas....

— ¡No mas! ¡no mas!... ya lo sé... van á abrir... ¿Y Javier?... ¿Qué era lo que entonces pasaba por aquel hombre tan decidido, resuelto y desengañado?... Es fácil pensar y prever que aquellas caricias de delirio y aquellos trasportes de la enferma y extraviada jóven solo producirian en su alma severa y en su organizacion castigada una ternura de compasion y una condescendencia de lástima y de misericordia; pero ¡ay pobre y flaca naturaleza humana! No era así la verdad de su corazon, ni era tan fácil la serenidad de sus impresiones...

La escena de Villahermosa, que tan viva se reproducia en la mente de Sofia, traia á su memoria imágenes que confundian no menos, en su sentimiento y en su conciencia, la realidad de la situacion en que se encontraba.

Era aquella para él, en triste manera una escena de máscaras; disfrazábase de amor la fiebre; y si es verdad que la pasion podia revestir formas mas seductoras, no era posible que hubiera tomado nunca con mayor intensidad una tentacion de reincidencia, el aspecto de una memoria, ni que mas alevosamente se encubriera la seducccion del afecto del alma, bajo las apariencias de la compasion inspirada por el dolor físico.

No era Javier un miserable que en aquellos momentos temiera por su virtud; de lo que con pavor desconfiaba, era de su fortaleza... Erase fácil conservar el imperio sobre sus sentidos; lo que le aterraba, era el miedo de perder la independencia de su corazon en circunstancias en que encadenar su alma hubiera sido el mísero cautiverio de toda su vida...

Seguro estaba de aprisionar en el limbo de una forzada y compasiva complacencia los gérmenes de deseos y abortos de caricias de aquella febril confianza; lo importante era no hundir en el infierno de un vínculo indisoluble con aquel enamorado espíritu el porvenir celeste de sus esperanzas.

Ni ¿qué valia que su cabeza tocada, oprimida, bañada en lágrimas, por las manos, los ojos y los labios de una mujer hermosísima, se desvaneciera en el mareo de un vértigo, en que la violencia del martirio avivaba los esfuerzos de la moral resistencia?...

Lo que veia en aquel instante comprometido, era la entereza del alma, lo que se le revelaba irresistible en la explosion involuntaria de aquellos trasportes convulsivos, era la vehemencia de un amor íntimo, capaz de arrebatarse en el torbellino de su atraccion el vuelo de las alas de los ángeles.

En vano, contemplando á la apasionada enferma, ponía todo su pensamiento en su postracion lastimosa, en su doliente engaño, en su sonambulismo calenturiento, del cual, en la verdad seria fatuidad impía creer y vergonzoso crimen abusar.

¡Ay! ni este recurso le servia... Harto se le alcanzaba que en el fondo no habia mas enfermedad que el amor ni otra calentura que la concentrada lucha de apasionadas memorias contra la inutilidad de las perdidas esperanzas...

¡Ay de su virtud, de su delicadeza y de su estimacion propia, si sus sentidos se alucinaban!... pero ¡ay de la integridad de su corazon, si empeñados en un rudo combate, dejaban el alma prisionera de aquella piedad divinizada!...

Cruel, de verdad, y expiatoria era la posicion de este hombre rendido, irresoluto, enternecido, volcanizado, sujetando con sus brazos, para suavizar sus convulsiones, á la interesante beldad que por él deliraba, reanimando casi con su aliento un aliento que por él se extinguía... ¡Ah! Socorro á sus fuerzas en tal conflicto, solo podia venir de mas altas regiones que de la firmeza de su razon turbada y de su conciencia combatida; pero los labios tocados á cada instante tocados de unos labios abrasadores y de unos rizos eléctricos, no tenían tiempo para implorar auxilio de quien solamente en aquel trance pudiera enviarle... Javier estaba en el caso de decir á su conciencia, lo que *Macbeth* á su esposa, cuando ha visto rezar, dormidos, á los hijos de *Duncan*...

Orar yo queria; mas de mi garganta
El santo vocablo no pudo salir...

Pero Javier habia orado antes. Javier habia pasado muchas horas demandando al cielo auxilios para cuando los necesitara; y aquel, para cuya simultánea intuicion no hay futuro, siempre acumula misericordioso al mal presente el ruego pasado, y al riesgo y tentacion de actual caída, el anterior propósito de meritoria fortaleza...

Hubo un momento, es verdad, en que Javier, sin ceder á la seducccion de aquella amorosa enfermedad, sufrió el contagio de su alucinamiento en la confusion vertiginosa de su propia lucha. Llegó un instante en que quiso transigir con la vehemencia de una memoria, por no abandonarse á la catástrofe de un compromiso irrevocable.

Cuando mas viva se le representaba en sus ojos y sus labios la reminiscencia fantasmagórica de Villahermosa; cuando mas vehemente la exaltacion de la apasionada visionaria redoblaba la impaciencia de sus demostraciones, con el temor de que se franqueara la puerta de aquel soñado asilo de amor, la vision de ambos, que habia coincidido en la misma alucinacion sentida, se confundió tambien en la misma realidad evocada.

Quizá los dos creyeron en aquel instante que aun no habian salido de aquel gabinete, que aquel amor era el mismo que se declaraban, que era aquella la misma caricia que se hacian; que era aquel ósculo el mismo que daban... que era aquella misma la puerta que se abria... que era aquella majestuosa y elevada figura la misma que allí penetraba y que los sorprendia...

Y era verdad... fué la misma... La misma fué quien abrió de par en par aquellas puertas, la misma fué quien penetró en aquella estancia, la misma fué quien separó las cortinas de aquel lecho, la misma quien vino á apoyar en sus brazos y reclinar sobre sus anchos hombros la cabeza abrasada de Sofia... Solo que ahora en vez del albornoz azul, lleva tocas blancas, ceñidas á la frente, el negro velo cubre sus espaldas, y pende de su cuello el escapulario de anascote, y de su cintura el rosario de azabache...

Hincó en tierra Javier ambas rodillas, viéndola entrar... besó la orla de aquel escapulario, llevó á sus labios la cruz colgada de aquellas cuentas...

Dirigióle Irene, á tiempo de asir la mano abrasada de su amiga, una mirada de fulminante severidad... Y luego, haciendo ademán de volverla sobre sí misma, murmuró á los oídos de aquel hombre:

— Era yo, no esa inocente criatura la que debia estar en ese lecho.

— Esta no es mas que la cama de una enferma... respondió Javier sin levantar los ojos; por eso estaba yo sentado en ella... el lecho de la mártir suele estar en los hospitales, entre las miserias de muchos dolores y la mortandad de muchas víctimas... y entonces sé pasar de rodillas á sus piés una noche entera de oracion y llanto.

Volvió sobre él Irene, al sentido acento de estas palabras, una mirada escrutadora y sorprendida, como de quien comprende y profundiza un arcano; y añadió, levantándole del suelo:

— Confío, sin embargo, en que mañana no habrá en el puerto un barco aparejado para la Tierra Santa...

— Pero no tardará en haberlo para mucho mas lejos, replicó Javier tristemente...

Y recibiendo las órdenes de Irene, dejando allí á Enrique que la asistiera y auxiliara, tomó solo el camino del pueblo; en horas muy altas de la noche, para enviar sin pérdida de tiempo el médico y los auxilios que la situacion de aquella enferma reclamaba...

Sofia que al abrir de la puerta, y al ver realizada su alucinacion, habia caido en una postracion de letargo, crisis natural de tan violentos sacudimientos, permaneció algunas horas en una especie de sueño convulsivo. Dejóla Irene dormir y soñar sin apartarse un momento de su lado; y alboreaba ya el dia, cuando la vió hacer muestras de despertar de aquel prolongado parasismo. Entonces Sofia abriendo sus ojos é incorporando su fatigada cabeza, pareció tener la vista bastante clara y la razon bastante serena para reconocer que se hallaba en los mismos brazos que la habian vuelto á la vida años antes, una noche de duelo, de orfandad y de horrores de epidemia.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Al pueblo inglés.

Asistimos á un fenómeno monstruoso. Hubiera asombrado hasta las mismas edades de barbarie. Escandalizará la historia. Hordas impacientes de matar todo, de incendiarlo todo, de destruirlo todo, se han esparcido en masas compactas y profundas al rededor de la mas hospitalaria de las ciudades. La civilizacion está, por el momento, prisionera en Paris. Era la última proeza soñada por el rey de Prusia. El siglo XIX tiene su Atila. El y sus consejeros, invocando con la sangre hasta las rodillas, lo que llaman el Dios de los ejércitos, han jurado que la amable y vasta ciudad, punto de reunion

permanente de todos los pueblos del universo, quedaria momentáneamente separada del mundo; que la ciudad europea faltaria de pronto á la Europa; que en uno de los principales laboratorios de la idea, la idea perecerá entre los cañones; que Paris, capital del cosmopolitanismo seria, durante algunos dias, una isla; una isla que no tendrá ni siquiera el Océano para ayudarla á vivir con la vida universal. Y bien, sea. Esperando que una catástrofe proporcionada á la enormidad de un atentado semejante castigue á los autores de él, nos queda el aire. Al aire contío lo que voy á decir al pueblo inglés.

Durante veinte años he sido su huésped. No ignoro que en Inglaterra como fuera, es dado á todo sentimiento generoso, hacer vibrar la fibra popular. Pero no es á la generosidad del pueblo inglés á quien pienso dirigirme. La Francia republicana tiene derecho á las simpatías de todos, pero no necesita de la piedad de nadie. Tiene su fuerza en sus brazos y en su corazon. Tiene pan y tiene hierro; sabe que se está muy cerca de haber firmado un pacto con la victoria cuando se ha contraído uno con la muerte, y esto basta.

Todo lo que me interesa probar á los ingleses es esto: nuestra causa es justa.

Y ante todo, gracias sean dadas á M. de Bismark. En su entrevista con M. Julio Favre ha levantado el velo que lo cubria. La Europa sabrá de hoy en adelante hasta dónde pueden llegar la arrogancia del militarismo prusiano y su rapacidad. El rey de Prusia necesita la Alsacia, la Lorena, la heroica ciudad de Estrasburgo prisionera de guerra; necesita como condicion de un simple armisticio, la mas poderosa de las ciudadelas de Paris, el Monte Valeriano; necesita á Paris bajo sus bombas; necesita á la Francia no tan solo desmembrada, sino envilecida para siempre. ¡Dejarán de asesarla golpes cuando sea cadáver!... Tanta insolencia confunde las ideas.

Cuando M. de Bismark se expresaba en estos términos, ¿ignoraba pues quiénes somos? ¿Habia olvidado la historia de nuestros triunfos, brotados rápidamente, durante la Revolucion francesa. de la misma inmensidad de nuestros peligros? ¿Se engañaba hasta el punto de tomar por pruebas de lo invencible del ejército prusiano los desastres nacidos de la imprevisión y la impericia dictatoriales de un César imbécil? ¿Las victorias de diez contra uno le parecian una garantia segura de los triunfos en los combates venideros de uno contra uno? ¿La resistencia de Estrasburgo, Phalsburgo, Toul, Montmédy, no le habia advertido de lo que se pasa en ciertos momentos en las almas francesas? ¿Los innumerables espías que sirven su exterminadora política deshonrándola, habian descuidado decirle que estamos en Paris cerca de quinientos mil hombres armados; que nuestros fuertes están defendidos por tiradores infalibles; que nuestras murallas están cubiertas de cañones; que despues de nuestras murallas vienen nuestras barricadas; que tenemos cañoneras para proteger el Sena, barreras para sumergir al enemigo, torpedos para hacer nuestros muros inabordable; que la ciencia ha inventado para nuestro uso útiles formidables; que nuestros jóvenes móviles se han convertido en pocos dias, en viejos soldados; que la actitud de la guardia nacional del vigoroso pueblo de los arrabales se desborda; que nuestra fuerza está centuplicada por nuestra union; que Paris, sonriente y amenazador, está henchido de esa tranquilidad de las grandes cóleras de que habla Tácito, y que, detrás de los insolentes que nos cercan, se halla la Francia?

Todo esto lo sabia M. de Bismark, y sabiendo todo esto, ha elevado en nombre de su dueño, pretensiones á las que la sola contestacion posible es una guerra á muerte. Nada demuestra mejor á la Europa, á la Inglaterra, lo que tendrian que esperar del pangermanismo en delirio, si pudiese lograr que la Francia no se le presentase para contenerlo.

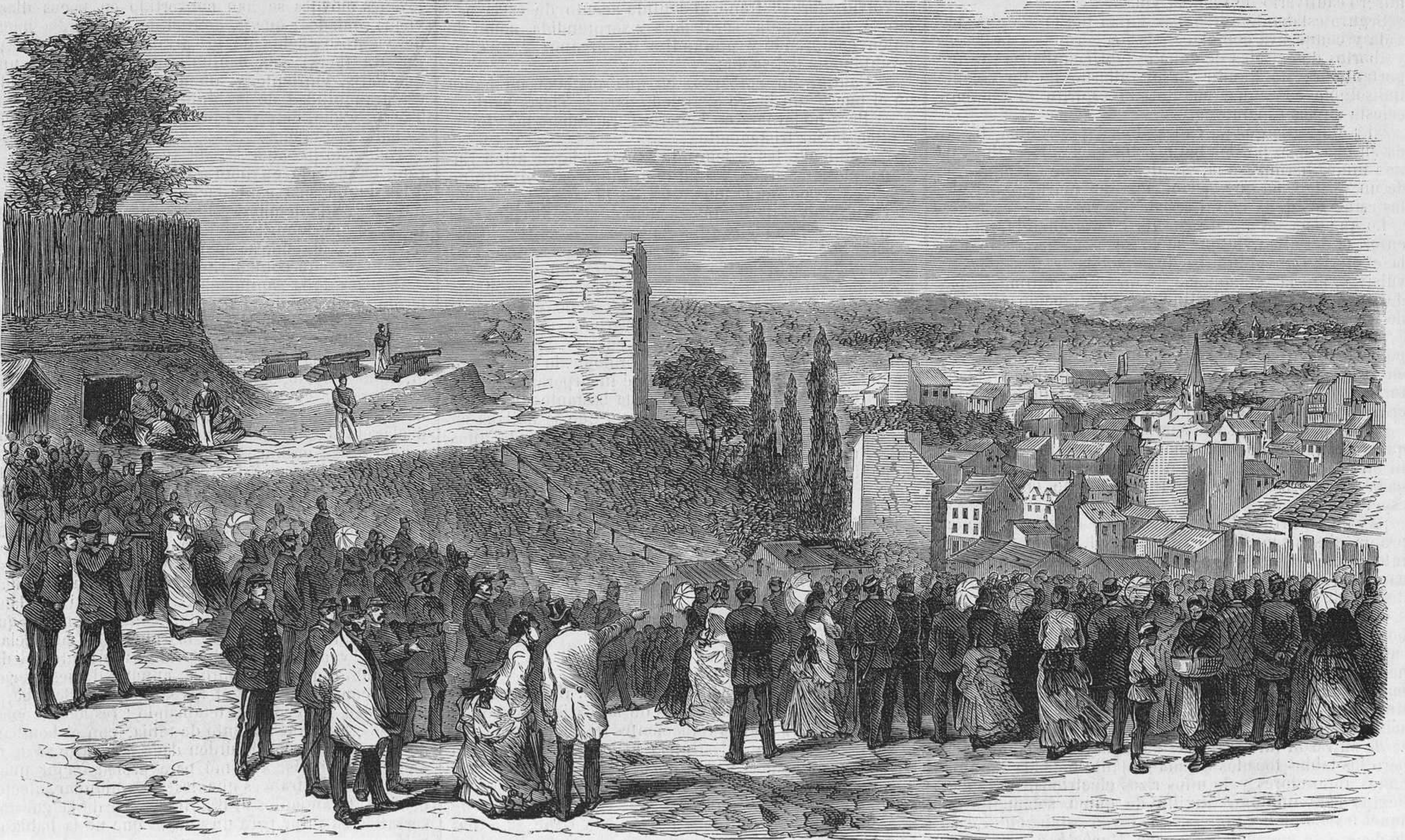
Despues de la capitulacion de Sedan, Federico Guillermo ha alcanzado el fin que indicara él mismo. ¿No dijo: «Hago la guerra á Napoleon y no al pueblo francés?» Y bien, Napoleon vencido era cautivo de la Prusia. La Francia se apresuró á destronarlo, hiriendo en él, no al vencido, sino al tirano. Por esto solo repudiaba la guerra; la guerra que no habia querido, — (lo probaré mas lejos); la guerra que el rey de Prusia habia declarado solemnemente no hacerla al pueblo francés, y que, desde entonces, no tenia razon de ser. La República era la paz. Así lo comprendieron en Inglaterra y por todas partes. La alegría, desterrada de los corazon, volvió á entrar en ellos.

El mundo respiró finalmente. Sin duda, el rey de Prusia no acudió á la paz por un manifiesto de circunstancias. Organos importantes de la prensa inglesa lo esperaban y lo enunciaron ¡vana esperanza! Cambiando rápidamente de enemigo, el rey de Prusia se lanzó á ciegas en la guerra á muerte. A la circular en que el nuevo gobierno rechazaba la sangrienta herencia del imperio, y atestiguaba en términos urgentes el deseo de concluir una paz honrosa, aunque debiese ser onerosa, ¿cómo respondió el rey Guillermo? Se sabe, y la posteridad lo recordará temblando: respondió con cañonazos, con un aumento de rábia, con el bombardeo de Estrasburgo, con la orden dada á sus tropas de marchar sobre Paris. Y cómo para probar mejor que era bien el pueblo francés que deseaba aniquilar, afectó rodear de miramientos al criminal autor de la guerra, reservando su furor para un pueblo que no la habia querido.

Y cuando digo que no la habia querido, digo bien. Que se acuerde el *Daily-News* de lo que escribia en su



EL SITIO DE PARIS. — Desertores conducidos á la plaza por la guardia nacional, despues de la accion de Chatillon.



EL SITIO DE PARIS. — El público en el cerro de Montmartre.



PARIS. — La afluencia de viajeros en la estacion del ferro-carril de Orleans, dias antes del sitio.



PARIS. — La gente en las carnicerías.

número del 7 de setiembre: « El partido republicano no es responsable, en modo alguno, de la guerra actual... Cuando la mayoría imperial cubría de aplausos ordenados la declaración de guerra á la Prusia; cuando la plebe fashionable de los bulevares intimaba al ejército para que ocupase en breve á Berlin; cuando una campaña imperial se aclamaba por todo cuanto existía de frívolo, de bajo, de mercenario en la provincia, y particularmente en la capital, los diputados republicanos hacían todo cuanto estaba en poder del valor y del patriotismo, para preservar la patria de la ilusión del peligro y de la sangre derramada. Los republicanos de nuestros días han protestado constantemente, no tan solo contra la guerra agresiva, sino contra los ejércitos permanentes. Han sido la avanzada de la opinión europea en favor de la verdad, de la paz de la libertad, como principios de gobierno. »

Semejantes confesiones resuelven la cuestión, si es incontestable que este partido republicano que ha maldecido la guerra, que es por principio amigo de la paz, que ha protestado siempre contra el sistema de los ejércitos permanentes, y vituperado siempre el derecho de conquista, representa las aspiraciones y el genio de la Francia. Y ahora bien, ¿habrá quien ose negarlo después de la jornada del 4 de setiembre? Si no fuese la Francia la que habló aquel día, y si, condenando el cesarismo, no hubiese condenado al mismo tiempo la política agresiva que es su esencia, ¿estaría hoy el poder en manos de los más constantes, de los más enérgicos adversarios de dicha política?

Y por otro lado, habría bastado un momento, un grito para derrocar al imperio, si no hubiera representado una Francia enteramente facticia, ese gobierno de satélites que después de haber engañado á los aldeanos prometiéndoles « el orden y la paz, » proclamó poco después, por el órgano de M. de Gramont, y en términos irreparables, la pretendida necesidad de la guerra, la hizo votar por una mayoría servil que días antes había aclamado la paz; impuso silencio á las vehementes protestas de la prensa independiente de París y de las provincias; hizo gritar á Berlin por sus blusas blancas, y lanzó sus sargentos de villa contra las manifestaciones pacíficas del boulevard, contra las bandas de estudiantes y obreros que cantaban con voz conmovida:

*Les peuples sont pour nous de frères,
Et les tyrans, des ennemis.*

Ahora, que en su entrevista con M. de Bismark, el hombre de Sedan haya tenido la desfachatez de pretender que le habían obligado; que la Francia lo había arrojado, á su pesar, á las fronteras, es una mentira que corona bien su reinado, empezado por un perjurio; es un atentado que termina dignamente la serie de sus atentados. En vez de decir: « Yo soy el culpable, me, me, adsum qui feci, » ha dicho realmente: « ¡A mí, una recepción de príncipe; á la Francia la invasión con sus horrores, que ha merecido! ¡Cualquiera que no hubiese sido él, por una inspiración de que el alma más abyecta es capaz en semejante circunstancia, hubiese mentido para preservar á su patria; él ha sabido mentir para agobiarla!

No, no es cierto que la nación francesa tenga sobre su conciencia este terrible conflicto. Lo que es cierto es que no ha hecho á tiempo justicia, por desgracia, del que es responsable. La historia, por poco que tenga en cuenta las circunstancias que explican la fatalidad de nuestra larga servidumbre, verá más nuestra desgracia que nuestra culpa. Pero, en fin, esta desgracia es de esas que llaman una expiación. De modo que, si después del destronamiento de Napoleón Luis Bonaparte, la Prusia se hubiera concretado á pedir que la indemnizasen equitativamente de los sacrificios que este hombre funesto le había impuesto, llevando contra ella, en su séquito, á los soldados franceses, la Prusia hubiera estado en su derecho.

Pero no era por cierto de equidad de lo que se trataba para Federico Guillermo. Desmembramiento ó bombardeo, el honor ó la vida; hé aquí todo lo que tenía que decirnos. Era muy poco para su orgullo, muy poco para su hurana ambición, muy poco para su odio á la República y á la Francia, el brillo de triunfos sin ejemplo, la superioridad de sus armas reconocidas, la unidad germánica establecida definitivamente, la corona de Carlos V puesta sobre su cabeza, su tesoro repleto, la Alemania colocada en una posición soberbia; tal es la humanidad, tal es la moderación de este piadoso príncipe, para él, cual si la Francia no está estrangulada y deshonrada, nada hay de hecho.

Jugador desenfrenado, al juego sangriento de las batallas, poco le importa que la fortuna pueda volverse contra él y que apiñando montañas de cadáveres, haciéndose maldecir por tantas madres, se expone á ver cambiados sus triunfos en derrotas y el suelo que pisotean sus soldados convertido en cementerio; lo que quiere ese rey cristiano, es que la Prusia mate á la Francia, á riesgo de ser muerta por ella. « Necesito la Alsacia, necesito la Lorena, necesito los Vosgos, necesito Soissons, necesito el poder de entrelazar y destruir á París, tan solo con extender los brazos. » Esta es la contestación de Federico Guillermo al deseo que el Times manifestaba, cuando se elevaba contra la idea de un desmembramiento de la Francia, en punto de vista, de la paz europea.

¿La Paz? ¿Cómo pensar en ella cuando los prusianos levantan sus baterías contra las artes de la paz? Hay ingleses en París sitiado: ellos podrán contar en breve

á la Inglaterra las precauciones que han debido tomarse contra un ejército que nos vuelve á las Grandes Compañías de la edad media. Le dirán que todas las aberturas de nuestros monumentos, todas las ventanas del Louvre, han debido llenarse de sacos de tierra; que los libros, las estampas, los monumentos, los camafeos, los medallones, han debido protegerse por muros hechos de tejas aglomeradas; que ha sido preciso tapiar á Rafael, Leonardo de Vinci, Ticiano, Rembrandt, y la Diana cazadora, y la Venus de Milo, y los esclavos de Miguel Angel, y otras tantas maravillas. Fácil será entonces á los ingleses imaginar las abominaciones de esta guerra, figurándose lo que sería Londres si la amenaza de un bombardeo los obligase á poner á prueba de bomba el Britis-Museum, la Galeria nacional, la abadía de Westminster, el museo de Kensington; si una bandada de bandidos y malandrines mundanos los obligase á blindar los mármoles del Parthénon, — los que ha tocado la misma mano de Fidas, — acorazar las esculturas de Halicarnaso, acolechar todos esos tesoros del genio humano que pertenecen, después de todo, á los sitiadores como á los sitiados; de defender, en una palabra, contra bárbaros, lo que causaba ayer su admiración, lo que mañana los arrancaría la barbarie.

En presencia de tal desbordamiento de pasiones agresivas, que vengan á hablarnos de las garantías que necesita la Prusia contra la posibilidad de una nueva guerra de agresión. La agresión de que los pueblos alemanes harán bien en preocuparse es de la que el César tudesco, si fuese vencedor, amenazaría su civilización y su libertad.

Y la Europa también hará bien en preocuparse de ello. Porque su gran peligro, en la hora presente, está en el carácter violento del militarismo prusiano; en ese espíritu, que no contento de la Alsacia y la Lorena ambiciona Soissons. Es el mismo que devoró una parte de Dinamarca, el mismo que entregó Francfort al saqueo, el mismo que proclamó la anexión del Hannover, justificada por el derecho de conquista, el mismo que declaró ridículo el principio de que las poblaciones no son transferibles sin su consentimiento, que un pueblo no es un cordero.

En cuanto á nosotros, hemos ceñido nuestras cinturas. Estamos tranquilos y resueltos, unidos y prontos. Si el pueblo inglés comprende que nuestra causa es la del mundo entero, siendo la de la justicia, á él toca obrar en consecuencia; á él pesar, en cuanto le concierne, los resultados del derecho de conquista desencadenado. Una nación que sanciona con su indiferencia las saturnales de la fuerza, arriesga sufrirlas, y las merece. Pero, es asunto del pueblo inglés pensar en ello. Nuestro asunto es probar al mundo que nuestra ausa es justa, y esto, bien entendido, morir por el derecho, que no muere nunca, ó vencer con él.

LUIS BLANC.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el número 927.)

Quizás M. Raby no tenía tal intención, pero las miradas escudriñadoras que la joven le dirigió le decidieron á romper el silencio.

— ¿Sabeis lo que acaban de decirme? exclamó; uno de los hombres que salieron á buscaros asegura haber visto luz en la antigua iglesia de Cairnhope.

— ¿Y lo creéis? preguntó Gracia.

— No, pero os voy á revelar una extraña coincidencia. Hace quince años (creo habérselo dicho) un pastor me afirmó también que había visto mucha luz en la iglesia. Y para que veáis lo que es la superstición: el último observador me ha confesado que al distinguir la luz (que era probablemente el reflejo de las antorchas en los cristales), emprendió la fuga. « Es seguro, añá », dijo, que los pobres viajeros han perecido, y los espíritus están diciendo misas por ellos en la antigua iglesia. » Y nuestro hombre corrió á cenar aquí para contar su historia en la cocina.

Miss Garden tomando un aire indiferente, dijo:

— Pura superstición en efecto. ¿Pensáis que si hubiese habido luz en la iglesia no la hubiésemos visto nosotros?

— Ciertamente, puesto que habeis pasado por allí cerca.

Gracia respiró:

— Además, repuso el squire, pronto sabremos á qué atenernos. He enviado á Jorge con otro hombre para que vean lo que allí pasa.

Nueva ansiedad de miss Garden.

Sin embargo, supo contenerse y dijo:

— ¿Y aun cuando vieses luz en la antigua galería, qué importaría?

— Jorge tiene orden de volver para decirme. Si hay luz, como yo no creo en los espíritus, será algún contrabandista ó algún malhechor, y en ese caso, no quiero que se profane ese lugar, mandaré cercar la iglesia por

50 hombres y me apoderaré del tunante, que se arrepentirá de su audacia.

Gracia echó una mirada de desolación á M. Coventry y sorprendió un destello de alegría en los ojos del gentleman.

La impresión que entonces sintió debía ser eterna.

Al cabo de una hora anunció el criado la vuelta de Jorge. Llamaron al herrero, que se presentó en el umbral de la puerta.

— ¿Qué hay? preguntaron á la vez M. Raby y miss Garden.

— No había nada, dijo; la iglesia estaba más negra que mi sombrero.

— Ya lo sabía yo, repuso el squire; anda pues, á cenar.

Muy luego Gracia se retiró á su habitación y la siguió Jael.

Las dos jóvenes hablaron un buen rato junto á la lumbre, mientras miss Garden hacía sus preparativos para recogerse.

Jamás la doncella había visto en tal estado de excitación á su joven ama, y mientras miraba con sorpresa, trataba de adivinar los motivos.

— Ya veis, decía, como la urraca tenía razón; maldita urraca, no fué de las parejas que entraron en el área de Noé.

— ¿De veras? Pues no lo sabía; ¿dónde has leído eso?

— Me lo ha contado una vieja.

— Muy vieja debe ser para servir de autoridad en la materia. ¿Y te ha dicho por qué no entró la urraca?

— Parece ser que el feo animalucho en vez de refugiarse en el arca prefirió quedarse encima para presenciar la inundación del mundo; y así es que donde se muestra ocurre una desgracia. Cuando veáis una urraca, huid.

— Todo eso es preocupación, paganismo, Dios puede más que todo. No vuelvas á hablarme de tus urracas ni de los perros de Gabriel.

— Ya lo creo; pero son señales por las cuales Dios manifiesta su voluntad. Las desgracias no suceden sino porque Dios quiere, y por eso se debe temblar cuando se ve una urraca ó cuando se oye á los perros de Gabriel.

— Y por eso se acaba todo tomando ponche, por eso M. Raby, que pasa por un tártaro, está tan amable conmigo, por eso estoy yo más alegre que nunca...

— ¡Oh! miss, ¿cómo podeis hablar así?

— Es la verdad. He corrido un peligro, pero me he librado de él felizmente. Además, mi aventura me ha demostrado que hay en el mundo buenos corazones, como por ejemplo, el tuyo, dijo Gracia á su joven amiga. Jael, la excitación es un beneficio del cielo, sobre todo para las muchachas, y de seguro no harían la mitad de las tonterías que suelen hacer, si sus padres no las diesen de tiempo en tiempo alguna buena oportunidad para salir de sus casillas. Bailar hasta las cuatro de la mañana es bueno de vez en cuando. Pero no es más que un ejercicio corporal que la deja á una con dolor de cabeza y tan estúpida como antes. ¡Qué diferencia esta noche! ¡Qué excitación tan gloriosa! Perdida en la montaña, casi sepultada bajo la nieve, la ansiedad, el temor, los perros de Gabriel, terror, desesperación, resignación, socorro inesperado, una deliciosa simpatía... ¡Ah! ¡Nunca he vivido tanto como desde hace algunas horas!...

Jael no trató de interrumpir aquella abundancia de palabras, cuya causa comenzaba á sospechar; esperó un momento de silencio, y luego poniendo su mano en la de Gracia y mirándola fijamente, la dijo:

— ¿Con que le habeis visto?

Miss Garden se puso encendida como un ascua. Bajó los ojos, y los acentos argentinos de su clemencia se cambiaron como en un gemido, en tanto que ocultaba sus mejillas ardientes con sus manos.

— ¡Ah! exclamó, eres demasiado maliciosa para creer en las urracas.

Y la despidió de su cuarto.

Al otro día M. Coventry, muy dolorido de su caída, no se presentó á la hora del almuerzo.

Gracia, aunque un poco soñolienta, hizo su aparición y tuvo con M. Raby una entrevista llena de efusión.

Quería darle un nombre por el cariño que le había demostrado.

— ¿Cómo os llamaré? dijo; « M. Raby, » es demasiado frío. « Padrino, » es muy infantil. ¿Querriais que os llamara: « Tío? »

— Con muchísimo gusto, contestó el squire.

Gracia humedeció su dedo índice en el agua como para bautizar á su nuevo tío, lo que hizo retroceder de horror á M. Raby.

— No me gustan esas bromas, no profanemos las cosas sagradas.

— ¡Oh! yo las respeto, contestó la joven, y no soy tan inercial como suponeis.

Y trazó con su dedo la palabra « tío » en la frente de M. Raby.

M. Coventry apareció al medio día para continuar su papel de pretendiente. Estuvo afectuoso como de costumbre, y habló de los peligros de la noche anterior como de un nuevo lazo que los unía.

Sin embargo, halló un gran cambio en la joven.

La víspera en el pico de Cairnhope se había mostrado si no cariñosa, al menos afable y complaciente.

Hoy estaba fría é impasible.

M. Coventry extrañó la transformación y ella le dijo:

— El hecho es que después de los acontecimientos de anoche, y cuando recuerdo nuestra milagrosa salvación, me siento con más deseos de orar que de escuchar vuestras declaraciones.

— Comprendo ese sentimiento y participo de él; pero ¿no hay también algo de sagrado en el cariño que os ofrezco, puesto que debe durar toda la vida?

— Eso es lo que se dice siempre.

— Me afligís, mi querida Gracia; no puedo explicaros vuestro cambio: hace pocas horas me dispensabais la honra de escucharme, y aun si no me engaño, me disteis autorización para que hablase á vuestro padre.

— ¡Yo! No es cierto; no hice mas que preguntaros si le habiais hablado ya.

— No quiero contradeciros y confío en vuestra buena fe. ¿Habria tenido la desgracia de ofenderos?

— No.

— ¿No me estimais ya?

— Os estimo siempre.

— ¿He desmerecido en vuestra opinion?

— No veo por qué, contestó la jóven haciendo una mueca imperceptible.

— En ese caso ¿cómo sucede que cuando os amo mas que ayer, si es posible, vos pareceis amarme mucho menos?

— No se tiene siempre el mismo humor.

— Lo que quiere decir que hoy ya no me teneis ningun afecto.

— Sí, sí, pero os agradeceré que no prosigais con tantas palabras. No es generoso acosarme así. Yo soy una jóven y las jóvenes suelen equivocarse.

— Es verdad, á veces se casan con ligereza; pero vos me conoceis hace dos años: ¿os he dado jamás en ese tiempo motivo alguno para creer que teniais una rival en mi corazón?

— No lo he notado. Creo que me amais mas de lo que merezco. No os enfadeis, pero estoy resuelta á no casarme antes de no haber cumplido mi mayor edad. Eso es todo.

— Esperaré. Todo lo que os pido por hoy es que calmeis mis celos comprometiéndoos conmigo.

— Me pedís demasiado. Siempre he desconfiado de los compromisos largos.

— ¡Los compromisos largos! Me confundís: ¿puedo preguntaros vuestra edad?

— Diez y nueve años; dadme tiempo de reflexionar.

— ¿De modo que hay que esperar dos años?

— Poco mas ó menos, cumpliré diez y nueve el 12 de diciembre... ¿Qué teneis?

— ¡Oh! Nada... un dolor en el lado... No se cae impunemente en un torrente y se rueda por los peñascos.

— ¿Padeceis?

— Un poco; pero los dolores físicos son nada comparados con los del corazón... ¿Y esa resolución de no casaros hasta dentro de dos años, proviene de vos únicamente, no os ha sido sugerida por alguno despues de la entrevista que tuvimos en la cumbre del Cairnhope?

— Dejarme á mí toda la responsabilidad de mis acciones, replicó miss Garden, que se sonrojó ligeramente; esta resolución es la única que he concebido desde hace largo tiempo.

M. Coventry se calló y una palidez lívida cubrió su rostro.

Al cabo de un instante la jóven se levantó con pretexto de ir á buscar su labor.

En el umbral de la puerta se volvió y vió á su adorador que se reclinaba en su asiento con las señales de la mas penosa angustia.

En su cuarto encontró á Jael sentada junto á la chimenea y llorando.

La jóven se levantó al punto y comenzó á arreglar el cuarto, pero volviendo la espalda á su señorita.

Miss Garden se sentó á la chimenea, apoyó su mejilla en su mano y se puso á reflexionar seriamente en el dolor que habia dejado en la sala y en las lágrimas que encontraba en su aposento.

Acostumbrada desde su infancia á ver la alegría en su derredor, aquella hermosa y feliz criatura no podia menos de contristarse con la desgracia que parecia sembrar sobre sus pasos desde hacia algun tiempo y por un motivo que su razon le presentaba como una quimera.

— ¿Tendria valor para desafiar á su padre y á su padrino, cuya opinion en punto á enlaces desiguales se hallaba tan claramente trazada en la terrible inscripcion?

Al cabo de una larga y penosa lucha, Gracia tomó un partido desesperado.

— Dadme papel de escribir, dijo á Jael.

Y luego añadió:

— Y ahora sentaos ahí, que os vea yo, no me ocultéis vuestras lágrimas, que quiero veros llorar. Yo no habia nacido para hacer la desgracia de los que me rodean; quiero que esto se acabe.

Escribió algunas líneas con una agitacion febril, y luego se detuvo y lanzó un suspiro doloroso.

Continuó escribiendo y suspirando.

Varias interrupciones se sucedieron.

Quemó tres veces la carta que habia escrito.

Por fin acabó el mensaje y le puso un sobre.

Gracia guardó la carta en su seno, despidió á Jael casi con dureza y permaneció largo rato sumergida en una meditacion dolorosa.

A la hora de la comida tenia los ojos tan encarnados que no quiso bajar; pretextó una jaqueca y comió en su cuarto.

Habia oido decir á Enrique Little: « Esperadme dos años; » y ahora Gracia bajo la influencia evidente de aquella peticion, aplazaba su enlace para dentro de dos años, sin ningun motivo serio.

Esta circunstancia era una revelacion y le explicaba muchas cosas sospechosas que habia observado en la iglesia.

El enamorado gentleman sufría todos los tormentos de los celos, y lo que mas los aumentaba era que no podia entrar en hostilidad con su rival.

Nada mas fácil que alejar á Enrique Little. Bastábale para esto denunciarle á las sociedades obreras; pero el honor y la gratitud prohibian este medio á M. Coventry, y así fué que cuando se le ocurrió este pensamiento le rechazó con horror.

Despues de haber reflexionado decidió que por el pronto lo mejor seria no luchar contra el capricho de miss Garden y dejar obrar al tiempo.

Hábiale enseñado su experiencia que en todo asunto de amor que presentaba dificultades, era peligroso para el amante el seguir los impulsos de su corazón.

Coventry resolvió pues, parecer resignado, ocultar sus celos y esperar algunos meses antes de volver á hablar de matrimonio á Gracia Garden.

Hasta entonces se consagraria á agradarla sin formar empeño; además, podia suceder que entregada á sí misma Gracia, volviese á otros pensamientos, pues no era probable que se encontrase de nuevo con Enrique Little, y M. Coventry no admitia que se escribieran.

No sin una lucha violenta logró dominar su impaciencia y hacer callar á su resentimiento.

Sin embargo, lo logró, y cuando llegó la hora de la comida se preparó á recibir á miss Garden con una alegría artificial.

Pero con gran sentimiento no pareció miss Garden, lo que puso en nueva tortura á la imaginacion del gentleman.

¿Por qué tenia jaqueca?

Generalmente hablando, Coventry no creia en las jaquecas femeninas.

Peor debia estar él con lo que le pasaba.

Durante la comida no hizo mas que pensar en aquella supuesta indisposicion que le desesperaba.

Concluida la comida, invocó el mismo pretexto de miss Garden y salió á tomar el aire.

La verdad del caso era que queria espiar las ventanas de Gracia, pues bullian en su mente mil sospechas.

Las ventanas de la jóven resplandecian de luz. Coventry no pudo descubrir otra cosa. Se paseó un buen rato, y luego se retiró descontento de sí mismo y de sus pensamientos.

— Seguramente está en su cuarto, se dijo: ¿cómo he podido dudar?

Y tomó una avenida del parque que daba á una puertecilla del camino.

Muy luego oyó el crujido de un vestido de mujer, y se escondió detrás de un matorral, en tanto que su corazón latia con violencia. Era Jael Dence.

La jóven sirvienta pasó á su lado, llevando en la mano un objeto blanco que ocultó en su seno cuando hubo pasado los árboles que velaban los rayos de la luna.

Luego se dirigió hácia la puertecilla del parque.

Coventry no conocia á aquella muchacha.

Lo único que sabia era que pertenecia á una clase de la que se obtiene casi siempre lo que se quiere á precio de oro.

Al momento se preguntó si no deberia interesarla en sus amores.

Mientras pensaba en ello, Jael se deslizaba como un pájaro á lo largo de la avenida. Muy luego llegó á la puertecilla, que atravesó, y tomó el camino exterior.

Coventry la siguió apretando el paso.

Sin embargo, en vano trató de alcanzarla; parecia que Jael tenia alas.

Coventry la vió desaparecer sucesivamente en dos recodos del camino y luego la perdió de vista completamente.

Tuvo que renunciar á perseguirla; se dijo que sin duda iba á ver á su novio y que lo mejor que podia hacer era esperar su vuelta.

Mientras se hacia esta reflexion, Coventry seguia adelante, sin notar que el camino se hacia montuoso y desigual.

De repente se detuvo: encontrábase al frente de una masa negra que reconoció al instante: era la antigua iglesia que servia de taller á su rival.

El aspecto de aquel negro edificio le sumergió en un mundo de pensamientos.

Veinte y cuatro horas habia recibido allí la hospitalidad; era un abrigo donde habia encontrado la salvacion él y miss Garden.

Luego sus ideas tomaron otro giro, é insensiblemente se sonrojó de haber tenido celos de aquel rival.

Pero en esto la puerta de la iglesia se entreabre suavemente: sale un sombra y pasa á su lado sin distinguirse... es Jael que vuelve á tomar con pié ligero el mismo camino que habia traído.

No cabe duda; acaba de entregar á Enrique Little un mensaje de su señorita.

¡Una correspondencia clandestina!

Todos los planes de M. Coventry se desbarataron con este descubrimiento.

Era preciso á toda costa salvar á la pobre jóven de un amor tan degradante y que solo podia tener para ella las mas funestas consecuencias.

Se volvió pálido de cólera y no pudo dormir en toda aquella noche.

Al otro dia M. Coventry mandó enganchar su dogcart y marchó á Hillsborough con el pretexto de que tenia que consultar á un facultativo. Dijo á M. Raby y á miss Garden que se resentia de su caida y no queria que su malestar empeorase.

Llegado á su destino se presentó á un constable y le preguntó confidencialmente si conocia á un obrero llamado Little.

— ¿Un obrero de Lóndres? dijo el constable; ¿no es el que está en guerra con las Uniones?

— Creo que sí; un amigo mio se interesa mucho por él.

— Yo tambien. Su aventura ha sido un luto para el pais y para la magistratura local. Tuvo efecto ocho dias antes de que yo entrara en funciones y me ha parecido que nadie cumplió con su deber en aquella circunstancia.

M. Coventry añadió dos ó tres preguntas que agotaron las noticias que poseia M. Ransome.

— ¿Y en dónde vive Little?

— Lo ignoro, pero darán razon en la fábrica de M. Cheetham. La única vez que he visto á Little estaba con el contra maestre de la fábrica. Me le enseñaron, y ví que era un mozo de buena traza y que no parece obrero. Si no supiera donde vive M. Cheetham, yo me comprometo á indagarlo antes de veinte y cuatro horas.

— ¿Y conoceis á Grotait?

— ¡Oh! Ese es un hombre público. Tiene una taberna en Black-street con la muestra de las *Armas del cuchillero*.

— Parece ser que desaprueba todas esas maniobras.

— Es posible, pero está muy encima de todos los obreros. Le llaman el viejo Smitem.

— ¡Ah! Sois de los que no se detienen en la superficie.

M. Coventry cambió de conversacion y se alejó algunos instantes despues. Habia tenido cuidado de interrogar al magistrado con una indiferencia afectada, y con el aire de un hombre que cumple un encargo.

M. Coventry se fué en derechura á las *Armas del cuchillero*; mas combatido por sentimientos contrarios vacilaba en su marcha. Si el honor y la gratitud le detenia, los celos le empujaban adelante.

Por fin, los celos triunfaron, pues se persuadió que el deber le imponia libertar á miss Garden de los peligros de un amor indigno de ella.

Entró en la taberna, pidió un vaso de grog y dijo que deseaba hablar en particular con M. Grotait, quien no tardó en presentarse.

— Sentaos, dijo M. Coventry; ¿puedo ofreceros alguna cosa?

— Tomaré un vaso de cerveza.

Cuando estuvieron solos, M. Coventry le preguntó si queria recibir una comunicacion bajo el sello del secreto.

— Si se trata de industria podeis confiar en mí; otros lo han hecho y no les ha salido mal la cuenta.

— Muy bien. Tengo que hablaros de un obrero llamado Little; pero ante todo debo poner dos condiciones, la primera que no se empleará la violencia contra él, y la segunda que no revelareis á nadie en el mundo quién os ha dado las noticias.

— ¿Trabaja aun?

— Primero mis condiciones.

— Os prometo un secreto absoluto, en lo que os concierne. Por lo que toca á la otra condicion, yo nada puedo, en razon á que el individuo de que se trata no trabaja en sierras. Transmitiré vuestra comunicacion, que sin duda es importante, á los otros dos secretarios, sin decirlos que proviene de M. Coventry de Bollinghope (M. Coventry se estremeció viéndose reconocido); discutiremos juntos y les comprometeré para que no descubran el secreto á ninguno de los que nos desacreditan con sus violencias.

— Enhorabuena. Os diré pues que nuestro hombre trabaja todas las noches en una antigua iglesia abandonada cerca del pico de Cairnhope.

Toda la sangre de Grotait se agolpó á sus mejillas.

— ¿Estais bien seguro de lo que decís?

— Segurísimo.

— ¿Le habeis visto?

— Con mis propios ojos.

— ¿Y tiene allí una fragua?

— Una fragua, unos fuelles, moldes y muchas barras de acero.

— Los interesados obrarán como les parezca. Importa que se les informe, y cuanto antes será mejor.

— Sí, pero cuidado con lo dicho, que no haya violencias. Sois bastante fuertes para hacerle que salga del pais sin recurrir á aquellos medios.

— Así lo espero.

Y sobre esto M. Coventry se alejó.

Pero apenas habia puesto los piés en la calle, se avergonzó de sí mismo, pues para desembarazarse de un rival, habia hecho traicion á un libertador.

Sin embargo, los celos que le devoraban ahogaron prontamente el grito de su conciencia.

A pocos pasos de la taberna se encontró con M. Ransome, que se llegó á él para darle las señas de Little que habia obtenido sin dificultad del contra maestre Boyne.

— Os doy gracias, le dijo el constable, por haberme recordado este asunto. Yo me avistaré con Enrique Little uno de estos dias.

Estas palabras causaron cierta turbacion á M. Coventry.

— ¡Qué imprudencia! se dijo; haberme dirigido á un oficial público que debe oír á todo el mundo.

Con estas disposiciones de malestar y de vago remordimiento el gentleman perjuro á una palabra volvió á tomar el camino de Raby-hall.

Grotait mandó á llamar á M. Parkin, á M. Jobson y á M. Potter y les puso al corriente de lo que pasaba.

Los honorables secretarios apenas podian dar crédito á sus oídos.

Jobson se negaba á creer rotundamente; decia que

había vigilado á Little y que creía poder afirmar que no se ocupaba mas que de esculturas en madera y que pasaba todos los días en la ciudad.

— Es posible, repuso Parkin, pero no podeis responder de la noche. Esto me recuerda que le encontré el otro día al anochecer montado en un vigoroso caballo y corriendo á toda prisa.

— Mis informes son seguros, dijo Grotait.

— ¿Y qué debemos hacer? exclamó Parkin.

Entonces comenzó la deliberación. Se propusieron y discutieron muchos planes; y como los deliberantes no estaban en presencia del público, no se hizo caso omiso del horror de los medios violentos que desempeñaba tan gran papel en los documentos oficiales.

Grotait era el único que se inclinaba á la moderación.

Sin embargo, este personaje era el mas fanático de los cuatro, y como todo fanático, era capaz de las mayores crueldades; pero su crueldad residía en su cabeza mas que en su corazón.

Fuera de las cuestiones industriales era una naturaleza franca y casi benévola, y aun en aquellas cuestiones, como poseía mas inteligencia que sus compañeros, profesaba algunos sentimientos de humanidad.

En el momento actual vacilaba y expresaba sus vacilaciones del modo siguiente:

— En las cuestiones industriales suelo no titubear. Los hombres con quienes hemos tenido que habérmolas hasta aquí eran tunantes que procuraban nuestra ruina y que nos habrían hecho muchísimo daño, si no hubiésemos andado alerta. Pero Enrique Little es un jóven digno que merece otra cosa. Mientras trabajaba abiertamente podía causarnos perjuicio; mas ocultamente y cuando nadie lo sabe mas que nosotros, quizás no nos hace daño ninguno. ¿No sería mejor cerrar los ojos? El que me ha dado la noticia no es un industrial.

Los otros tres secretarios opinaban de distinto modo. Decían que Little desafiaba á los cuerpos de oficio y que era preciso desembarazarse de él apelando para ello á cualquier medio.

Mientras hablaban así en voz baja y con las cabezas tan juntas que les habrían podido cubrir con una bandeja, una voz clara y vibrante resonó en el cuarto contiguo, y despues de haber cambiado algunas palabras con el ama de la casa, se acercó al cuarto del consejo.

En el mismo instante los cuatro secretarios vieron entrar á Enrique Little.

Esta aparición confundió algun tanto á Parkin, Jobson y Potter; pero Grotait apenas se sorprendió; quizás esperaba la visita.

Aquella misma mañana á eso de las once, el doctor Amboyne habia estado en casa de Mrs Little y habia echado en cara á Enrique que olvidaba « la vida, el trabajo y el capital. » El jóven no podia menos de reconocer que desde hacia algun tiempo habia olvidado mucho la manía filantrópica del doctor, y así fué que se encontraba dispuesto al arrepentimiento y á la reparación.

— Dádme uno ó dos días, dijo al doctor Amboyne, y os mostraré cuán avergonzado estoy de mi desuicio.

Fiel á su palabra, reunió sus notas y se preparó á escribir un informe ilustrado con dibujos.

Sin embargo, antes de poner manos á la obra, pasó á la fábrica Cheetham, únicamente por la forma y para convencerse por sus propios ojos de que habian cambiado la rueda condenada; pero con gran sorpresa descubrió que no se habia hecho semejante cambio. El contramaestre le dijo el motivo, y á consecuencia de esta explicación Enrique Little, muy descontento, venia á ver á Grotait.

(Se continuará.)



El doctor Chenu, organizador de ambulancias.



LA GUERRA, — Episodios retrospectivos. — Soldado del 88 de línea curado por una mujer en la granja de Villemontry.

El doctor Chenu.

Juan Carlos Chenu, cirujano mayor de ejército retirado, oficial de la Legion de Honor, nació en Metz (Mosela) el 30 de agosto de 1803, hizo sus estudios en el colegio de aquella ciudad y desde su primera juventud demostró una afición pronunciada y una actitud

particular por las ciencias naturales y quirúrgicas.

Terminados sus estudios, admitido en clase de alumno en el hospital militar de instrucción de Metz, nombrado cirujano en el ejército de Africa, desembarcaba en junio siguiente en Sidi-Feruk con las primeras tropas de la expedición.

Llamado á Francia despues de la toma de Argel, se recibió doctor en medicina en 1832, y muy luego obtuvo el grado de cirujano ayudante mayor en el 42º regimiento de cazadores de caballería que se hallaba de guarnición en Carcasona. M. Gabriel Delestest que era á la sazón prefecto del departamento del Aude, distinguió con su confianza al jóven doctor, y cuando algunos años despues vino á ser en Paris prefecto de policía, le hizo nombrar para un empleo de su mismo grado en la gendarmería del Sena, con el fin de que pudiese continuar en la capital sus estudios predilectos.

El doctor Chenu nombrado muy luego cirujano mayor del Val de Gracia, aprovechó su estancia en Paris para publicar trabajos científicos que hacia algun tiempo tenia preparados.

En 1854 la guerra de Oriente le llamó á Crimea y pudo hacer sobre el servicio médico-quirúrgico durante el largo y glorioso sitio de Sebastopol, un informe interesantísimo que fué coronado por la Academia de Ciencias (gran premio Montyon) y le valió testimonios oficiales de todos los soberanos de Europa.

Despues de la campaña de Italia en 1859, el doctor Chenu publicó otro informe sobre los resultados del servicio de sanidad en aquella guerra, trabajo que le valió otra vez el mismo premio en 1870.

Pero como estas obras no se hallaban al alcance de todos, el doctor Chenu dió un resumen de ellas con el siguiente título: *De la mortandad en el ejército.*

Miembro de la Sociedad internacional y presidente del comité médico de la misma, el doctor Chenu ha sido nombrado inspector director general del servicio de sanidad, y seguidamente ha improvisado y organizado una ambulancia fija de mil y doscientas camas en el palacio de la Industria, á nombre de la sociedad importante de que forma parte y que le ha delegado sus poderes.

A su cargo corrieron las diez y ocho ambulancias que se dirigieron desde los primeros días de agosto á los cuerpos de ejército, y todas ellas han funcionado en los campos de batalla.

Otras cuatro se han afectado á las divisiones de la guardia movilizada; otras nueve, llamadas volantes, hacen el servicio de los fuertes, van cada día á los puntos de ataque, traen los heridos al palacio de la Industria y corresponden con los sectores de la plaza; finalmente, tres ambulancias de reserva están prontas á trasladarse inmediatamente á los puntos amenazados.

Las doce últimas ambulancias aseguran á los valientes que defienden la plaza de Paris todos los cuidados necesarios.

Hé ahí lo que ha hecho la Sociedad internacional de socorro á los heridos, confiando la dirección general del servicio de sanidad al doctor Chenu, que despues de haberse dado á conocer como historiador, moralista, cirujano y estadístico, ha probado que era un excelente administrador. ¡Honor á la Sociedad internacional cuyos miembros todos serán beneméritos de la patria! ¡Honor á todos los cirujanos de los hospitales de Paris, que han respondido al llamamiento de la sociedad y se han puesto bajo la dirección del doctor Chenu, que da en todas partes el ejemplo con la abnegación mas completa!

P. P.